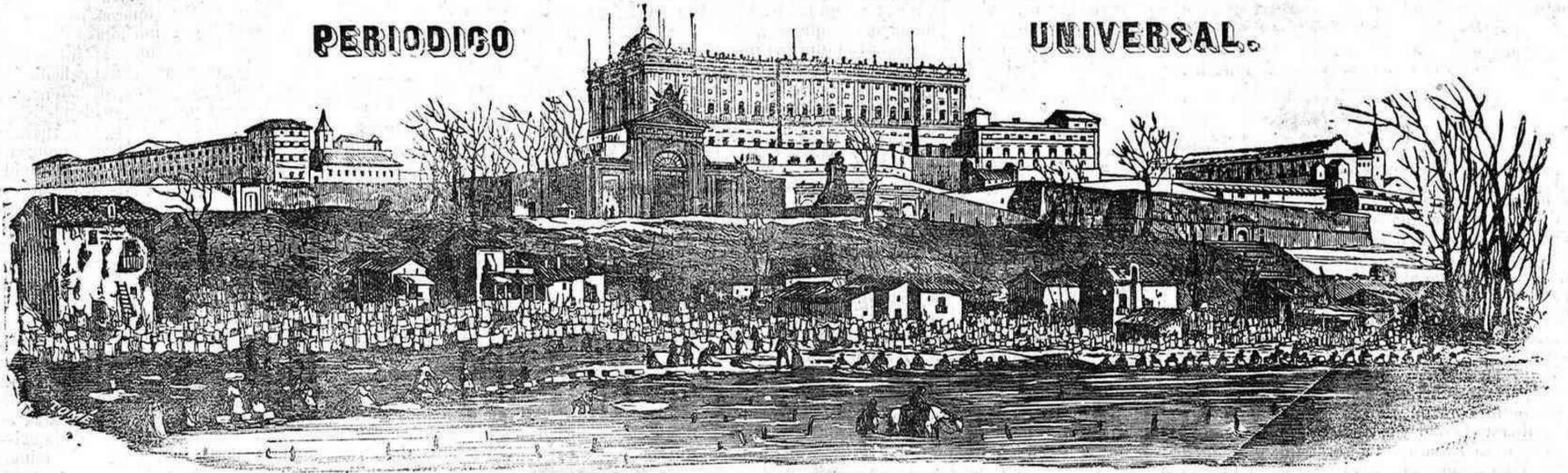


LA ILUSTRACION,

PERIODICO

UNIVERSAL.



MADRID: MES 6 RS.—TRES 16.—SEIS 30.—AÑO 50.
Número suelto 4 rs.

NUM. 13.—SÁBADO 27 DE MARZO DE 1852.
MADRID.

PROVINCIAS: MES 8 RS.—TRES 20.—SEIS 40.—AÑO 60.
Ultramar y extranjero: Año 80.

EXPOSICION DE LONDRES.

Los industriales del continente pueden sacar provechosas lecciones de su viaje al Palacio de Cristal, en cambio de las guineas que indudablemente habrán dejado en él.

En primer lugar deben tener muy presente el dogma fundamental de la industria inglesa, la ESPECIALIDAD, que están en el caso de sustituir al espesor fabril que los ahoga.

No hacer mas que una cosa, pero hacerla bien, es el principio de esta doctrina.

Emprenderlo todo: tal es el imperdonable error de las naciones que adoran á los falsos dioses, *dejad hacer y libre concurrencia*. Por eso perecen sus grandes establecimientos, unos despues de otros, únicamente de plétora, lo cual nunca acontece á los ingleses.

Un ejemplo de este afán incansable de fabricar, bastará para demostrar los peligros de la libertad de amontonamiento universal, y la necesidad de que se le ponga término. Un especulador de origen inglés, que cayó como llovido, despues de la gran revolucion francesa, en una comarca completamente libre de trabas legales, tierra virgen de toda empresa útil, abierta al mas osado,

y abandonada al hombre manufacturero, dijo lo siguiente: —Establezcamos una tienda en las orillas del Mosa, lo mismo que mis conciudadanos han fijado las suyas en las del Indo, ya que adormeciéndolo con doradas promesas á los cándidos monarcas de tan lejanas regiones, les protegen estos y les ayudan con todo el poder de sus armas y de sus tesoros.

Dicho y hecho. Millones, favores, premios del poder neerlandés... nada faltó al intrépido aventurero, que empezó su comercio fabricando instrumentos para hilar: esta era su ESPECIALIDAD.

Llegó otro dia, y despues de haberlo pensado bien, volvió á decir:—Supuesto que fabrico instrumentos de hilar, ¿por qué no he de hacer hilados? Y acto continuo estableció fábricas de hilados de todas clases.—Ya que necesito tanto hierro para los utensilios, ¿por qué no he de tener hornos y fundiciones? Y al momento construyó todo cuanto habia menester.—Pero ya que empleé tanto combustible, ¿por qué no he de explotar la ulla? Y no tardó en ponerse al frente de una gran sociedad.

Descansó un año, y al principio del siguiente reflexionó de nuevo y dijo:—Ya que tengo hierro y carbon á mano, ¿por qué no he de construir máquinas y carruajes de vapor? Y emprendió y llevó á cabo el mas vasto establecimiento de máquinas que ha existido.

—Pero ya que fabrico máquinas, debo interesarme en todas las industrias,

á las cuales proporciono instrumentos. Y ya le tenemos propietario de fábricas de papel, de tejidos, de cueros, de paños, etc., etc.

—Pero yo solo no puedo atender á todos los pedidos que se me dirigen: necesito sucursales. Y las estableció en Holanda, en Polonia, en Rusia y hasta en América.

Diez años despues se hubiera apoderado de la China y del Japon, pero... la Providencia, que enfrena el furor de las olas, tambien pone término á la ambicion de los estúpidos.

Dejamos á sus consocios el cuidado de calcular los dividendos que aquel gran sacerdote de la industria les ha dejado.

¿Qué cabeza tendria, se me contestará, para montar, sostener y dirigir á un tiempo sesenta establecimientos diferentes, uno de los cuales absorberia la mas vasta capacidad industrial de nuestra época!

Es un error: para hacer lo que él hizo, solo se necesita audacia y mas audacia; pero no capacidad especial. La ciencia, la instruccion, el cálculo y el juicio recto, nos hacen tímidos y modestos, y... *audaces fortuna juvat*. Observemos bien que el aforismo latino no dice *sapientes*.

Es imposible concebir el perjuicio que ha causado ese

miserable afán de acapararlo todo. No se ven por el mundo mas que rebuscadores, que se arrojan con los ojos cerrados en los abismos de lo desconocido. Se organizan empresas extravagantes para explotar industrias inauditas, se inventan máquinas que parecian imposibles, y se ponen en juego las mas arriesgadas especulaciones.

En cuanto á las empresas útiles, ya las invenciones racionales, en las cuales se están viendo los resultados, tienen pocas probabilidades de obtener capitales, porque solo ofrecen un 20 ó 30 por 100 de beneficios asegurados; pero si se habla de máquinas de movimiento continuo, de motores gratuitos, y del *perpetuum mobile*, como dicen los alemanes, se encontrarán millones, porque ya no se trata de un 30 por 100, sino de un 3,000, ó de un 300,000: los especuladores conocen á fondo al arte de presentar muy bien en perspectiva estas utilidades monstruosas.

¿Quién se resiste á tan brillante alucinamiento? ¡Nos agrada tanto lo desconocido y lo misterioso, nos pagamos hasta tal punto de las maravillas, que nos apresuramos á jugar nuestros intereses y nuestros pobres ahorros en una lotería de barras de oro! Pero volvemos á repetirlo: ¡Cuidado con el dia en que salgan los números y nos encontremos con que ninguno ha sido premiado!

Ya es tiempo, se me dirá, de abordar la cuestion de la *especialidad*, y de hacernos saber cómo los ingleses la entienden y se aprovechan de ella, al paso que las demás naciones permanecen tan rezagadas. No basta esclamarse: *imitad á los ingleses*; es necesario profundizar las causas de su superioridad, y esponerlas claramente, á fin de inspirarnos el deseo de morder el anzuelo.

Pues bien: vamos á declarar lo que en opinion nuestra se opone en el continente á esa *especialidad industrial*: es el comunismo fabril que en él reina, y que en Inglaterra está muy limitado por patentes; es el derecho de libre tráfico intelectual que las naciones han restablecido, rompiendo cuanto se oponia al monopolio y á los privilegios que protegian injustamente las concesiones, que la Inglaterra ha sabido respetar en su parte provechosa.

Suponiendo que la experiencia hubiese aconsejado derribar los muros de la propiedad rural, dejándola abierta á los merodeadores, ¿podríamos ni deberíamos admirarnos del desorden que los acaparadores y aventureros de toda especie introducirían en todas las naciones? Un país que hoy produce mil millones, no produciria diez.

Esto mismo sucederia á la Inglaterra, si no hubiese contenido con mano fuerte la insaciable ambicion de sus fabricantes.

La *especialidad industrial* es hija de la apropiacion legal de todas las industrias, fabricaciones é invenciones diversas, en-



Mueble de madera esculpida.

tre las manos de los primeros que las imaginan, adquieren ó importan.

Sentado este principio, lo esplanaremos en otro artículo con ejemplos sacados de los productos espuestos en el Palacio de la Esposicion universal.

CARTAS Á UN ANGEL.

I.

UNA VELADA.

Estoy solo, ángel mio, estoy solo. El minutero de mi péndola marca la una, y el reloj de un convento de monjas acaba de dar una campanada. A la una y en día de sábado como hoy, se reúnen las brujas, según me contaba mi abuela, en sus asquerosos conciliábulos. Dicen que las brujas se trasladan de un extremo al otro de la tierra con la rapidez del relámpago; si yo poseyera los misteriosos unguentos de las brujas, iría volando hasta encontrarte.

¿En dónde estás? Tu ardiente mirada podrá romper las sombras de la noche y fijarse en mí; pero mis ojos te buscan en vano. Tú me verás triste, fatigado, el codo sobre mi bufete y la frente sobre mi mano. Tú contarás uno por uno los latidos de mi corazón, de este corazón que apenas late, porque lo dilata el dolor y estrecha el pecho en que palpita, para que no pueda respirar. Tú verás mis ojos apagados, que de vez en cuando buscan en el espacio algún objeto que vive siempre dentro del alma. Mírame, ángel mio, y reanímame con el fuego de tu mirada.

Quiero hacerte algunas preguntas, porque tú puedes contestármelas, ya murmurándomelas palabra á palabra en mi oído, y ya dejándolas caer en el fondo de mi corazón. ¿Te he visto yo alguna vez? ¿Ha llegado hasta mí la armonía de tu dulce voz? ¿He respirado en una atmósfera formada por tu suave aliento? Sí, yo te he visto una tarde de mayo, cuando apenas plateaba el crepúsculo las enhiestas cimas de las sieras y la superficie de las olas, á la orilla del mar. Tus plantas pisaban sobre las espumas sin quebrarlas, y te servían de pedestal, formando racimos de perlas. Vestías una túnica blanca, mate y brillante al mismo tiempo, que producía unos cambiantes muy parecidos á los del nácar. Cubría un velo de gasa de plata tu rostro, y yo te pedí de rodillas que lo levantarás un momento. Condescendiste á mi ardiente ruego; pero no pude distinguir sus facciones, porque me deslumbró la luz de tu hermosura sobrehumana. Sin embargo, y ahora lo recuerdo, entreví, con esa vaguedad que se experimenta al mirar al sol frente á frente, tus ojos negros y rasgados, y la sonrisa de tus labios. Estoy muy seguro, ángel mio, de que tienes los ojos negros, y de que vaga sobre tus labios una encantadora sonrisa. Quise seguirte; pero tú continuaste marchando sobre las espumas, y yo me sumergí en las olas.

También recuerdo que te oí una madrugada de verano. Estaba yo en un bosque; no era un bosque, era un jardín; tampoco era un jardín, era jardín y bosque al mismo tiempo. Quizás sería el Paraíso Terrenal, ese jardín que no han encontrado los geógrafos. Sobre cascadas de rubíes se precipitaban torrentes de perlas, que serpenteaban momentos después sobre praderas de esmeraldas. El aura mecia blandamente mil arpas eólicas de coral, pendientes de floridas acacias, y en nidos de flores se quejaban enamorados ruiseñores. Entonces escuché tu voz, que me repetía: «soy tu ángel;» y tu voz era al mismo tiempo el murmurio de las cascadas, el canto de los ruiseñores y la melodía de las arpas. No sé si han transcurrido instantes, años ó siglos desde que te oí; pero sí puedo asegurarte que tu voz resuena en mi oído.

He vivido una eternidad ó un minuto en una atmósfera formada por tu suave aliento: no sé en qué estación era del año, ni en qué lugar; solo recuerdo que había rosas blancas y purpurinas, jazmines, diamelas, azucenas, violetas, geráneo y heliotropo; flores de estaciones diversas y de todas las partes del mundo. Se respiraban al mismo tiempo aromas suaves y aromas penetrantes; esos perfumes que embriagan y alérgan, y esos perfumes que vivifican. Estoy seguro de que me embriagué completamente, porque soñé, y tuve celestiales ensueños. Vi, con los ojos de mi alma, una mano blanca y suave como el cuello del cisne, que, después de enjugar el sudor de mi frente, se entretuvo en enortijar mis cabellos. Cada vez que la mano rozaba ligeramente mis mejillas, sentía yo un estremecimiento eléctrico que conmovía todo mi ser. Pero todo debió ser un ensueño. Tú no has enjugado nunca el sudor de mi frente mustia y abatida; tú no has enortijado mis cabellos; tu mano no ha rozado mis mejillas; si me hubieras tocado una vez, hubiera muerto como herido del rayo, ó hubiera cobrado una vida que me identificara con tu ser.

Pero si yo he visto tu faz, si he oído tu voz, si he respirado una vez tu aliento, si me has tocado con tu mano, ¿por qué me tienes en el mundo? ¿Sabes tú, ángel mio, lo que hay en el mundo? Mira, en el mundo solo existen hombres sin fé y mugeres sin corazón. ¿Sabes tú lo que es un hombre que no cree? ¿Sabes lo que es una muger que no siente? Un hombre que no cree es un cadáver; una muger que no siente es un sepulcro. Cuando las leyes del movimiento los acercan, el ofrece cenizas, ella presenta mármol, y lentamente van poblando el cementerio de la tierra. Si el hombre ha nacido para creer y la muger para amar, ¿por qué el hombre no cree, por qué la muger no ama?... Ángel mio, no me expliques este misterio; sácame del mundo en que habito, y llévame al tuyo, que será un mundo de fé y amor.

La aguja de mi reloj señala las dos de la madrugada, y dos campanadas ha dado el de la torre de las monjas. Desde que empecé á escribirte ha pasado una hora de mi vida; ¿podré disponer de otra hora mas? Tendré tiempo para terminar esta carta? Ni tú ni yo lo sabemos, ángel; lo sabe Dios, que tiene contados los momentos de mi existencia. Bueno es ser desgraciado, pues se piensa en la muerte sin pena. La mano de un hombre feliz temblaría al escribir estas líneas; la mía está segura, y corre la pluma con toda la velocidad que presta la agitación del pensamiento. Ahora quisiera averiguar lo que fui antes de ser lo que soy, lo que seré luego que deje de ser lo que estoy siendo. Si fui nada y nada he de

ser, muy poco soy, puesto que he salido y he de entrar en la nada.

¿Qué te parece, ángel mio, la carrera de mi desbocado pensamiento? Loco debo estar, cuando confundo la idea de tu hermosura celestial con la idea de mi muerte. ¿Consistirá este extraño amalgama en que los placeres ideales, si llegaran á realizarse, solo podrian durar un segundo? ¿Estará la perfectibilidad de la vida en el momento de la muerte? ¿No será la muerte nada mas que el esfuerzo que hace el espíritu para desprenderse de la materia, igual al que hace el oro en el crisol para separarse de la escoria? Mucho me inclino á contestar afirmativamente mis preguntas; quizás he dicho en esta especie de delirio, porque yo no puedo asegurar si duermo ó velo, verdades eternas, que tú, ángel, me inspiras para hacerme sabio entre los sabios.

Y ya que de tantas maneras me dirigi á tí, ¿podrás decirme por qué te adoro con un sentimiento mitad divino, mitad humano? ¿Será acaso porque veo en tí dos entidades, una que idealizo y remonto sobre las nubes y los ástros, y otra que materializo y formo á mi imagen y semejanza? Mucho debe haber de ambos extremos. Tú tienes para mí una forma tangible, conocida, la forma que todos ven en tí, y otra forma que mi imaginación te presta. Te veo con los ojos, ángel mio, como todos te ven; te veo con mi alma de una manera muy distinta, porque la lanzo al mundo del espíritu, y en él se confunde con tu alua. A ese mundo suben las garzas reales sin que las persiganalcones, y tienden su vuelo con imponente majestad: vuelan mas altas que las nubes, y el rayo se forja á sus piés.

Si yo pudiera por ensalmo desdoblar ante tí mi alma, sin que la quedara un solo pliegue; si pudieras leer de una ojeada todas sus faltas y todos sus martirios; si pudieras hacerte esa confesion general en que nada se tergiversa, nada se atenúa, nada se olvida, y me concedieras tu absolucion, quedaria tranquilo y orgulloso. Porque yo quiero aparecer ante tus ojos, grande, no con esa grandeza convencional que dan livianos oropeles, sino con esa grandeza indisputable, íntima, que compendia las cuatro virtudes cardinales. Estoy seguro de que tú comprenderias instantáneamente lo que el mundo no ha comprendido en muchos años; tú derramarías sobre profundas llagas un bálsamo consolador.

Son las tres, y he consagrado dos horas de mi amarga existencia á hablar contigo; la mayor parte de los amantes no consagran tanto á sus amadas. Empecé á escribirte con lágrimas, y frecuentemente he trazado períodos con hiel: ¿quieres que concluya con hiel ó con lágrimas? Me parece que escucho tu voz, como en mi encantado paraíso, y que me dices que no llore. Ni lágrimas, ni hiel, ángel mio. Vuelves á tomar mis ojos tus encantadoras formas: te veo pisando las espumas, y me embriagan los puros perfumes de tu aliento. Tócame con la blanca mano que enjugó el sudor de mi frente, y derrama tesoros de fé en el herido corazón de

UN HOMBRE.

EL SUEÑO.

Notre volonté influe-t-elle sur les fonctions vitales qui continuent de s'exercer dans le sommeil, ce temps des mysteres les plus merveilleux? (CÉSAR CANTU: Introducción á la Historia Moderna.

¡Nuestra voluntad! ¿Qué significa la voluntad del hombre? Empujados por una fuerza desconocida, somos arrastrados hácia un término tambien desconocido. Así como un autómata bajaría uno á uno los peldaños de una escalera, sin saber qué causa le hiciera moverse; así nosotros caminamos por una pendiente, sin facultad para detenérnos en la mas pequeña mesa; el hombre no es mas que un autómata que descendiendo paso á paso, desde el principio de la existencia al descanso de la nada. Viene el sueño á acelerar las horas, y las horas huyen con acompasado movimiento; y mientras que los placeres ó el infortunio nos hacen permanecer en vela, la existencia corre incesantemente, sin que vuelvan jamás los momentos que perdimos. En vano el orgullo quisiera rebelarse contra esa ley inmutable; la voluntad humana tiene que humillarse ante las recónditas causas que dan el ser á la criatura.

Persuadido el hombre de que determina sus acciones, corre estraviado y perdido en el intrincado laberinto de su camino, encontrando por do quiera, sin buscarlos, y aun á despecho suyo, los males, la muerte, el sueño. El sueño! oh! esa creación inconcebible de la que forma parte nuestra alma, esa idea indefinible de lo maravilloso é inverosímil, ese período de nuestra existencia, ageno empero á nuestra existencia misma, es un vastísimo campo de variadas é infinitas perspectivas, por el que cruza la vida con ligerísima planta; es un mundo tan incomprendible como el en que vive nuestra razon. Cuando la inteligencia quiere remontarse para abrazar con su mirada el universo entero; cuando la fantasía crea mundos quiméricos de imágenes sin formas, de cuerpos inapreciables; cuando, en fin, el pensamiento aleja toda otra idea para empaparse única y esclusivamente en esas bellísimas concepciones, el hombre sin embargo no consigue persuadirse que vive entre ellas; su corazón protestará siempre contra esas ficciones engañosas. Pero cuando el sueño se apodera de nosotros, cuando presenta delante de nuestros ojos, cerrados á la luz, esas extrañas escenas, esas caprichosas y al parecer incoherentes situaciones, que la razon ni la poesía podrán jamás descifrar ni reproducir, el hombre vive en ellas, forma parte verdadera de esos mundos inciertos, y allá entre las confusas elucubraciones del pensamiento, mira el despertar como el principio de un sueño. Para el sueño, el despertar es dejar de ser; para la vida, el dormir es no existir.

¿Quién puede explicar esta contradicción? La filosofía, que ha pretendido remontarse hasta Dios, para descubrir sus cualidades; la filosofía, que ha querido penetrar mas allá de la muerte para persuadirnos de una vida posterior, se ha detenido ante los inconcebibles misterios que se verifican en esos períodos en que el espíritu vuela libre de las trabas de la materia. Porque la razon es demasiado pequeña para investigar las causas encubiertas por el velo de lo ignorado.

Porque la voluntad, único principio de donde podriamos partir para hallar las relaciones del sueño con la vida, no traza al pensamiento el giro caprichoso y desigual que sigue en esos momentos de libertad y de oposicion. Tal vez el hombre opulento, que deja los placeres y las riquezas para entregarse al descanso, ve en sus sueños el sombrío aspecto de la muerte rodeada de una lúgubre corte de males y sufrimientos; mientras que el desgraciado que gime en un hediondo calabozo, sin lecho donde recostar su cuerpo, halla en ellos un campo delicioso y de ilimitado horizonte por donde corre libremente entre bellísimas criaturas desconocidas para el mundo de la razon. Ay! nunca se engalana la vida con encantos mas seductores que en el sueño intranquilo y agitado que precede á una muerte próxima y cierta. Sin duda Dios concede al que va á morir ese benéfico descanso, para que se despidiera del mundo que va á perder.

Pero ¿y qué es el sueño? Oh! no desprecie esa página del libro de nuestros días; ella tal vez encierra la verdad de la existencia, ella es una parte esencial de nuestra vida. Porque no podemos menos de vivir durmiendo, porque toda criatura alterna entre esas dos existencias, porque tras el día viene la noche, y la noche es el sueño de la naturaleza. La noche sin embargo es una verdad, cuya causa física podemos apreciar; el sueño es tambien una verdad, pero una verdad incomprendible. ¿Pero acaso hay cosa mas incomprendible que la vida que llamamos real?

El hombre vela ó duerme: estos dos períodos de la existencia se rechazan mutuamente como inverosímiles. Vivimos en dos mundos muy distintos, vivimos en dos regiones apartadas: una que nos parece ideal y otra verdadera. ¿Y cuál es sin embargo la verdad de la vida?... Ay! que mientras vivimos ó velamos el tiempo corre: no se sueña lo que se ha soñado una vez, tampoco vuelven los días que ya pasaron. No podemos determinar los sueños, así como no podemos detener la existencia ni marcar de antemano sus placeres y sus padecimientos.

Nuestra voluntad está sometida á otras causas superiores que la señalan y limitan sus funciones. Porque todas las almas existen desde el principio de la creación; el nacimiento no es mas que la muerte de otra existencia anterior; la vida actual es un purgatorio, en que se sufre á medida de lo obrado antes: la muerte es el descanso; la vida no es pues mas que una transicion entre una existencia anterior y el descanso de la nada.

Agonos pues de voluntad, velamos ó dormimos; pero nadie puede decir cuál de las dos cosas sea la vida real. Si la vida es la razon, el sueño es la locura; si durmiendo se vive, mientras velamos se duerme. Tal vez el alma vuelve, durante el sueño, á la vida que antes vivió; entonces el sueño es un recuerdo de lo que hemos sido.

PRIMITIVO ANDRÉS CARDAÑO.

D. MANOLITO EL FILÁNTRORO.

Suele condenarse á la juventud moderna de presumida y superficial, y de que, apenas bullen en su imaginacion tres ó cuatro pensamientos adquiridos en cualquier libro, ó tres ó cuatro ideas originales, ya quiere ataviarlas y vestirías á su modo lanzándose á publicarlas. Para mí es injusta semejante condenacion, y considerando como muy acertado y muy provechoso el modo de pensar y proceder de la actual juventud, creo de buena fé que dé por resultado muchos beneficios á la humanidad. Tanto el cuerpo como el alma se nutren y robustecen con el ejercicio, y sin duda por eso mismo los antiguos romanos tenían sus circos donde los jóvenes adquirian fuerza y desarrollo por medio de las luchas, las carreras, etc. Tendrian al principio muchas caídas, muchos traspies, pero al fin y al cabo vendrian á adquirir una fuerza sin igual y una agilidad estremada. El mismo resultado doy yo al ejercicio de las potencias del alma. En sus primeros ensayos cometerán muchos yerros, se dejarán deslumbrar por mil paradojas; pero con aplicación y constancia vendrán á conseguir el logro de sus deseos y sus afanes, y la nacion que les dió el ser se honrará con llamarles sus hijos.

Hecha ya esta salvedad voy á contar una conversacion que llegó á mis oídos sin quererlo yo, habida en un pueblo de provincia, entre un jóven con una dosis regular de amor propio, y un caballero que se creía tambien con mucha experiencia. Semejante conversacion me chocó por lo rara y entretenida, y me he tomado la libertad de darla á luz, por ver si el público forma la misma opinion. No será culpa mia si mi juicio sale errad y creen los lectores que les hubiera hecho un obsequio y evitado una gran molestia, si no teniendo tanta presunción, me hubiera olvidado de estampar relacion tan insulsa. Agradezcan sin embargo mi intencion, y tengan presente lo que he dicho al principio de este artículo. Empiezo pues.

D. FRANCISCO. Piensas estar siempre metido en este pueblo? ¿tus aspiraciones, tus ambiciones se hallan reducidas á no salir jamás del país que te vió nacer?

D. MANOLITO. No señor, estoy resuelto á marchar de aquí. Pienso lanzarme á ese gran Océano que llaman mundo, para adquirirme una posicion; me es preciso ir á la capital de nuestra patria, para empezar á poner en práctica mis principales proyectos; tengo necesidad de decidirme por la carrera que, estando sus estudios en mas analogia con mi carácter, me coloco en los puestos mas encumbrados de la Monarquía; es en fin preciso, indispensable que me arroje á ese bullicioso caos, ya para aumentar su desorden y su confusion, ya para sobreponerme á esa heterogeneidad de cosas; dominarlas y avasallarlas, presentándole de lleno las doctrinas que le enseñen el camino de la gloria y de la felicidad. Creo que voy á ser el regenerador del mundo, el nuevo Moisés que con las tablas de la ley en la mano ofrezca á mi querido pueblo el puerto de salvacion; el segundo Jesus que con la pila bautismal á mi derecha; prometa á los que me sigan las delicias de otra vida superior, enseñándole otras leyes, otras creencias y otras costumbres.

—¿Qué lastima que un hombre como este no hubiera venido antes al mundo! ¿Cuántos males se hubieran evitado! pero aun no es tarde: por desgracia hay grandes faltas que corregir, vicios que estirpar, mejoras que introducir, y virtudes que

inspirar. Esperemos, y es bien seguro que dentro de poco la humanidad le deberá grandes cosas. Decía un escritor ilustre que ningún hombre era grande sino colocado sobre el pedestal de las circunstancias. Este mozo, en cualquiera época que hubiera nacido, la atención del mundo se habría fijado en él.

—Una dificultad se me presenta para el logro de mis deseos, y es á qué carrera deberé yo dedicarme para que pueda dispensar más beneficios á la humanidad. Porque yo no prefiero esta porción de terreno mas que aquella otra por haber sido la primera en verme sonreír, ni toda esta otra porque la llamen mi patria. Mi patria ó mi nación, como el filósofo antiguo, es el mundo entero, y mis compatriotas todas las personas que lo habitan.

Resuelto pues á llevar á cabo mi pensamiento, vengo á tomar el parecer de V. sobre qué carrera deba seguir. V. sabe que en toda la villa estoy considerado como un talento superior (modestia), como un genio, y aun cuando el resultado será el mismo con muy poca diferencia porque siempre llegaré á ser una gran cosa, quiero sin embargo decidirme por aquella carrera que prometa ventajas más inmediatas, más prontas y más decisivas. Para casos de esta naturaleza vale más la práctica que todo, y por eso he acudido á V.

—Mucho me alegró que me hayas preferido á los demás amigos, y procuraré corresponder, con lo acertado del consejo, al favor que me dispensas, confiando en mi ciencia y en mi experiencia mas que en la de ningún otro. Soy de parecer pues que para un joven que tiene el talento y las pretensiones que tú, el mejor medio para servir á la humanidad y dispensarla multitud de beneficios es hacerse médico. Esto te será muy sencillo: el título se adquiere muy fácilmente, sin tener necesidad de matarte y romperte la cabeza hojeando libros: luego que te recibas te haces médico de hospital, ó médico de aldea: en estos dos puntos puedes matar impunemente, es decir, puedes ensayarte, puedes aprender, y luego que tengas ya alguna fama, te trasladas á un teatro mas vasto para tus habilidades, te vas á una población grande, donde atraídos infinidad de enfermos por tus prodigiosas curas, cuya fama correrá de boca en boca por todos los ámbitos del universo, pueden ser mas amplios, mas generales, mas estensivos los resultados de los infinitos beneficios que dispenses al género humano, consiguiéndose de este modo el objeto de tus filantrópicos deseos. Para ello tienes tres sistemas que elegir, la alopatía, la homeopatía y la hidropatía. Para el primero lees incesantemente á Hipócrates, Broussais, Brou: te instruyes bien en ellos, te empapas en sus doctrinas, adquieres un tono dogmático, hablas largamente, aunque ignores lo que digas ni el sentido y significado que tienen tus palabras, y luego recetas mucho, mandas aplicar sanguijuelas, sangrias, cataplasmas, cántaridas; establece rigorosa dieta, mortificas y torturas al enfermo por todos los medios posibles; si el paciente tiene un simple dolor de cabeza, dices que es una enfermedad grave, muy grave, y que solo pueden salvarlo los esfuerzos de la ciencia; si la enfermedad es mas peligrosa, y como acontece tiene un fin desgraciado, comunica á todos los conocidos que ya tú te esperabas esto, pero que no habías querido decirlo á la familia por no alarmarla anticipadamente; en fin ten buen tacto, no para curar á los enfermos, sino para interpretar los defectos y las debilidades de los sanos, para complacerlos, para adelantarte á sus preguntas, que siempre son impertinentes, y de este modo, agravando á los sanos satisfaciendo de cualquier modo su debilidad y sus faltas, adquirirás un gran renombre y llamarás hácia ti la atención del mundo. Poco importa que por efecto de tu ignorancia, de tu rutina y de tus crasos errores mates impunemente á cuantos enfermos caigan en tus manos, ó á la mayor parte; porque á algunos ya les salvará la casualidad, sois los únicos que asesináis á mansalva y con impunidad, mas aun, la estupidez y la ignorancia os pagan prodigamente con cruces, honores y grandes riquezas, y por si todavía no os hallais contentos, os designan y os califican como á los salvadores de la humanidad. Parece que es una amarga ironía lanzada al público por la naturaleza, pero este no se apercebe, no se da por entendido, y se sigue dando tan pomposo título. Si esto te horroriza, y siendo mas escrupuloso, tienes conciencia mas estrecha, puedes ser homeópata, leyendo á Hanheman, á Leon Simeon; para esto es necesario un poco mas de farsa, es decir, cierta pedantería, cierta charlatanería sin fondo, cierta esterilidad, ciertas frases, y ciertas fórmulas, y cierto trato de gentes, que podrán enseñártelo las coquetas de Madrid, que de seguro lo son todas, excepto las amabilísimas que lean este artículo (no digo mal pergeñado, porque esto es de rutina), muchos lazarillos y ciegos que allí hay, muchos pretendientes y muchos granujas del Rastro, que ya aprenderás dónde es; y con este diccionario moderno y con leer á una gravedad magistral, sacas de un tarrito como la punta de un alfiler un grano muy grande de un medicamento cualquiera: le divides en cien mil partes, le vuelves á subdividir, y tomando una, la echas en un cacharro de dos azumbres: tomas una cucharada, se la das al enfermo, y le dices con el tono de fé de un mártir, que al cuarto de hora sentirá una mejoría notable, y que vaya tomando sucesivamente de dos en dos horas, seguro de que al poco tiempo, á los dos dias por ejemplo, estará completamente bueno. De este modo los esfuerzos debidos á la sola naturaleza se atribuyen á ti, y te saludará la fama como la primera notabilidad médica. Si tampoco te gusta este sistema, puedes adoptar el de la hidropatía, después de estudiar al aleman Spornie: este tambien es muy sencillo: mandas al paciente que por la mañana temprano se lance de la cama, calentito como está, á un baño de agua fría, muy fría, con diez grados bajo cero (y ten en cuenta que Tissot recomienda mucho los baños frios á la juventud moderna): al mediodía que se vuelva á dar otro baño, otro á la tarde y otro á la noche, y si está casado, será bueno que meta allá á su muger y á sus hijos y á todas las cosas necesarias y precisas; y no es esto decir que lo sea lo primero: te haces allí tu pequeña vivienda, y si á los quince dias no te has puesto bueno, saldrás al menos con grandes escamas, que te harán innecesario toda otra clase de vestido. Tu muger no la necesitará, puesto que las escamas son un requisito indispensable de ese sexo, con escepcion siempre de mis bellísimas lectoras. Como dará la casualidad que á algunos puede probarles bien, por efecto de su temperamento, hé ahí tu crédito cimentado y con una clientela numerosa. Adopta pues uno de estos sistemas, ó elige los tres para mayor abundamiento, y á ver si lees luego al presbitero

del pueblo y á los canónigos, los elogios que traigan los periódicos de curas hechas por tí.

—No tengo confianza en ninguno de los sistemas modernos, y me decidiria por el antiguo, por el que adoptaron mis padres, si no fuera porque despues de las pocas simpatías que semejante profesion me inspira, viera demasiado lejano el dia en que pueda ser útil á la humanidad. Para hacerse hoy médico alópata se necesitan trece años de carrera, con la filosofía y los preliminares: yo tengo ya veinte, de suerte que hasta los treinta y tres años soy una cosa inútil, soy socio de una compañía á quien no presto utilidad de ninguna clase, soy miembro de una sociedad de cuyo capital gasto, sin meter en caja ahorros ni productos de ningún género. Yo cuento con el talento necesario para estudiar en cuatro años las materias correspondientes á los trece, y tengo la profunda convicción de que sino fuera por esa traba puesta á la inteligencia, en el tiempo citado haría ver en el mundo entero que mi amor propio no me engaña, y que seria mas que suficiente para poner en práctica la magnitud y grandeza de mis generosos sentimientos. Tengo que desviarme pues de semejante parecer, y adoptar otra carrera que esté en mas analogía con la brevedad del tiempo, que es lo que yo pretendo.

—Pues hazte militar, toma un modelo, elige á Julio César, á Alejandro ó Napoleon: sé á la vez soldado y político, letrado y filósofo: ambiciona un cetro para hacer bien, pretende una corona si de ese modo crees ser mas útil para labrar la felicidad de los pueblos; pero no abuses como ellos de la fortuna, no gastes demasiado los resortes del carro que te conduce en triunfo, y no olvides esas bellas teorías que ahora constituyen tu principal mérito: acuérdate del pueblo, y de lo agradecido que es; ten presente que el pueblo lo es todo, que es la base sobre que descansa la primera piedra del edificio la sociedad; sin él nada hay, nada existe, nada se puede hacer; para que un gobierno viva, necesita de él como necesita un buque velas, un carro ruedas, agua los campos y sol las plantas. Si tiranos y ambiciosos ha habido que solo le han considerado como un escalon que les condujera á la ocupacion de un trono para vejar y maltratar á los mismos que le elevaron, ten tambien presente que al fin y al cabo han venido á ser víctimas de su potente ira. Si; la indignacion de un pueblo es terrible; las insurrecciones serán las convulsiones de la flaqueza, pero el levantamiento en masa de todos sus individuos, con toda la fuerza de su omnipotencia, es el medio mas seguro y mas eficaz para hacer temblar á los tiranos, y obligarles á bambolearse sobre sus tronos, sin que sus cabezas se hallen muy seguras en su pedestal. Un naufragio amenazado por las imponentes y borrascosas olas del enfurecido mar, y que espera á cada instante verse sumergido con la tabla en que flota á la superficie, efecto de la potente ira del fiero Neptuno, no debe temer tanto ser tragado por las terribles ondas del profundo piélago, como uno que ha incitado la venganza de un pueblo por sus iniquidades y sus tiranías; y es la diferencia, que las olas no tienen corazon como el pueblo para saborearse con la venganza, viéndose por eso en sus crímenes mas grandes, que antes de matar quieren hacer padecer, quieren atormentar. Verdad es que este modo de obrar nunca será justo, pero sí se ve que es frecuente.

—No, no es tampoco mi vocacion las armas, me repugnan instintivamente hasta los nombres de guerra y de sangre: quisiera que todos los hombres se tuvieran las consideraciones de buenos hermanos, que entre ellos no hubiera riñas, no hubiera luchas, no hubiera guerras por disputar la propiedad de esta ó la otra cosa: creo que vale mas la salud y la vida de un individuo, la tranquilidad de un pueblo: creo que ni todos los tesoros del Perú y las Californias, ni todas las riquezas del Asia y América, son suficientes á legitimar ni aun á atenuar la gravedad de la culpa de un particular, y de un rey, que por la posesion de esto ó de lo otro quita y contribuye á quitar, ó tolera el que lo hagan otros, la vida á un individuo. Es uno de los muchos males que para mí tiene la propiedad, es uno de los grandes inconvenientes que presenta, es un borron que no se limpiará jamás, lavar con el sudario ensangrentado del hijo, la cabeza calva y arrugosa del pobre y desconsolado padre. Crimen horrendo que hacia odiosa hasta la mas santa institucion. El principio del filósofo moderno es bellissimo y sagrado como principio y como teoría, aunque hoy en la práctica traeria grandísimos males. La sociedad para con sus individuos debe imitar la conducta de una madre cariñosa, que por muchos desprecios ó insultos que reciba de un hijo ingrato, mas le compadece cuantas mas debilidades comete, y el mayor castigo que le impone, es separarlo, colocarle en un lugar donde no pueda dañarla ni recibir de él insultos. Supone y con mucha razon que nadie obra así á no hallarse loco, y por eso lo retira á un sitio donde no pueda ofender á nadie, hasta que se mejore, hasta que sane, y entonces le abre los brazos y le vuelve á recibir con el cariño de siempre.

Los emperadores Teodosio, Arcadio y Honorio, escribieron á Rufino, prefecto del Pretorio: «No queremos que se castigue al que hable mal de nosotros ó de nuestro gobierno. Si ha hablado por ligereza, se le debe despreciar; si por locura, compadecerle; y si por injuriar, perdonarle.» Estos debían ser los sentimientos de todos los principes, este el lenguaje de todos los gobiernos, y entonces la humanidad saludaria á sus reyes y soberanos como á sus amados padres; entonces les bendeciria como bendice el labrador el agua de abril que fertiliza sus campos, como bendice el ciego al sabio médico que despues de muchos años de oscuridad y tinieblas le permite al fin, efecto de un esfuerzo de la ciencia, admirar la magnificencia y grandiosidad de la naturaleza, y los brillantes resplandores del sol; como bendice una tierna y casta hija, tendida muellemente sobre el regazo de su madre, los multiplicados besos y caricias que esta la dispensa; y como bendice un amante á su muger adorada, cuando recibe cada dia nuevas protestas de amor y acendrado cariño. Nosotros por fortuna, y para dicha nuestra, tenemos por soberana una magnánima señora, llena de generosos sentimientos, una señora llena de grandes virtudes, digna por su clemencia, que para mí es la mayor de las virtudes, de regir el mundo, y que el mayor elogio que se la puede hacer, y la mayor alabanza que puede dispensarla nuestra gratitud y nuestro amor, es compararla á aquellos famosos emperadores. Pequeño tributo para mi amor y mis respetos hácia tan alta señora.

Ya puedes V. conocer que no gustándome las armas, abor-

reciendo la guerra, para mí está demás el nombre de militar; á los hombres quiero yo hacerles conocer la verdad por medio de la razon y la persuasion, tratándoles como hombres, no como á brutos, no como á salvajes: que quieran ó que no quieran, sea ó no razonable, han de recibir lo que al capricho de uno cumple darles. Veamos pues otro medio.

(Se concluirá.)

MODAS.

Un periódico publica las siguientes noticias acerca de las modas que cuentan mas probabilidades de reinar durante la primavera.

Se dice que el chiné será destronado por el sombreado, y que los volantes de los vestidos y las cintas de los sombreros representarán un rayo eléctrica.

En todo caso damos gracias á la industria que obliga á la moda á transformarse en cada estacion.

La moda progresa por un lado, mientras por otro retrocede hasta el Imperio. Ya no hay colores de moda; cada una puede adoptar el que mas le guste ó acomode, y no para aquí el progreso, sino que deja libertad en el corte de los vestidos, sobretodos, manteletas, etc. Cada cual corta segun su capricho, pero todas con originalidad y gracia; y tienen mil veces razon, pues nada fastidia como la uniformidad en el vestir de las señoras. Antes cuando el azul, el verde etc. estaban en moda, no veíamos mas que señoras azules ó verdes, como si perteneciesen á una misma cofradía: esta manía ha desaparecido, y ahora podemos decir con verdad que en la variedad consiste el gusto. Hoy están en boga el oro, los bordados, las perlas, los relumbrones; se inventan modas que chocan con el sentido comun, pero por fin se inventa algo.

Los trajes imperial, sultana y Pampadour luchan con vária fortuna, y dos ó tres partidos sostienen sus opiniones con encarnizamiento. Tenemos pues á la moda dividida; y si en política en la union consiste la fuerza, no sucede lo mismo en lo tocante á telas y encajes. Cuanta mayor oposicion se hagan las modas, mas ganará el comercio.

Es preciso confesar que los trajes del Imperio carecen de gracia; pero de una moda histórica debe adoptarse la parte agradable, desechando la ridícula, incómoda y repugnante. Lo único que en nuestro concepto debe adoptarse de las modas del Imperio, son los peinados con muchos ricitos sobre la frente, como puede verse en los retratos de nuestras madres.

El coral principia á resucitar, y sienta admirablemente á los ojos azules y negros, y á los cabellos rubios ó de ébano.

Como noticia muy importante, bajo el punto de vista industrial, proclamaremos los triunfos que han obtenido en los últimos bailes y reuniones los encajes, lo cual promete que esta primavera adornarán gran número de vestidos y manteletas.

La música de Boccherini.

Boccherini puso el sello á su gloria con la creacion del quinteto para dos violines, viola y dos violoncelos, combinacion ignorada antes, porque los autores no habian comprendido al bajo sino como parte fundamental del acompañamiento. El aumento de una segunda parte de violoncelo en sus admirables quintetos, no fué resultado de un sistema; sino efecto de una predileccion, favorecida por la composicion del personal de la cámara del infante D. Luis.

La familia Font formaba el cuarteto, y habiéndose aumentado aquella con otro individuo, violoncelista-compositor de primer orden, era preciso encontrar una combinacion que utilizase los conocimientos de los cinco artistas. Hé aquí la idea del quinteto, que Boccherini llevó á cabo en 1770. Esta primera obra contiene bellezas que el trascurso de ochenta años no ha conseguido borrar: fuego, inspiracion, originalidad de formas que desafian al tiempo y á la moda. Oigámos á Baillot, cuya pérdida es irreparable, á Baillot, tipo del grande artista.—«Nada puede igualarse, dice, al encanto que inspira la música de este gran maestro. Cuando hace cantar al violoncelo un solo, se olvidan el arte y la imitacion; se cree oír un acento celestial. En los tutti se sobrecoge el alma, porque su armonía brinda un recogimiento religioso.»

Entre trescientos tríos, cuartetos y quintetos compuestos por Boccherini, pocos hay que no se distinguen por alguna de las cualidades particulares de su estilo original: ningún compositor le iguala en variedad ni en abundancia de pensamientos. En los *adagios* es, sobre todo, donde brillan sus grandes dotes musicales. «Los *adagios* de Boccherini, dice Fetis, son la admiracion de los inteligentes y la desesperacion de los artistas.»

Así es en efecto: aunque su música no contiene grandes dificultades de ejecucion, desconcierta á los que la ensayan por la vez primera, porque exige mucha finura y una sensibilidad esquisita. Vamos á referir un caso que prueba lo exigente que era Boccherini en cuanto á la ejecucion de sus piezas.

El marqués de Benavente habia reunido en su casa á la flor de la nobleza española y á los primeros aficionados de Madrid, y Alejandro Boucher acababa de ejecutar, con gran aplauso del auditorio y del mismo Boccherini, un concierto difícilísimo. Estimulado por tan lisonjera acogida, el profesor francés se acerca al maestro italiano, y le pide su vénia para ejecutar uno de sus quintetos.

—Sois muy joven, le contesta el maestro, y tocais bien el violin; pero mi música requiere cierta costumbre que os falta, un método que se separa mucho de vuestros principios.

Boucher insiste, y al fin Boccherini cede: se da principio, pero antes de concluir el segundo compás, se sienta el artista detenido por la muñeca, y ve á Boccherini que le dice:

—Ya os lo he indicado: sois muy joven para tocar mi música.

A pesar de su incontestable mérito, Boccherini ha disfrutado en España una reputacion tardia, y solo en Francia obtuvo señalados triunfos, encargándose el grabado y la prensa de multiplicar sus obras inmortales: la mayor parte de ellas fueron escritas entre nosotros.

GENOVEVA.

En el año de 1396 presenci6 la ciudad de Florencia un suceso maravilloso. Pero antes de contarlo hay que decir cu6l era 6 la saz6n el triste y doloroso estado de sus habitantes, que se veian afligidos de una peste cruel, tras los desastres de encarnizadas guerras. Todav6a no habian podido desechar de su memoria los estragos causados por la epidemia de 1348, que dej6 6 la Toscana sin un tercio de su poblacion: fig6rese cualquiera qu6 terror seria el de los florentinos, al invadir el azote nuevamente los muros de su ciudad. Reuni6nse al punto en todas partes los hermanos de la Caridad con h6bito de ceremonia, y mientras unos hacian s6plicas y rogativas fervorosas para aplacar la ira del cielo, otros iban de casa en casa amedrentados prescribiendo el r6gimen que deb6a observarse para cortar los progresos del mal. En medio de aquella calamidad y angustia fu6 cuando sucedi6 lo que vamos 6 referir 6 nuestros lectores.

Habia 6 la saz6n en Florencia una j6ven de maravillosa hermosura; in6til hubiera sido buscar una con su garbo y con su gracia ni en la ciudad ni en su comarca, porque no habia entre todas las florentinas ninguna que con ella rivalizase. Los mas nobles sentimientos brillaban en su corazon, las mas sublimes virtudes en su alma; y cuando se presentaba en la plaza del Mercado Viejo, todas las gentes acudian presurosas 6 verla y 6 oir el acento dulc6simo de su voz.

Muchos eran y muy galanes los caballeros que cuidaban de agradar en todas ocasiones y bajo todos conceptos 6 Genoveva: Antonio, entre otros, perteneciente 6 la ilustre familia de los Rondas, prendado de sus gracias y de su hermosura tan pronto como la vi6, la habia dedicado su corazon. Pensando 6nicamente en ella, habia seguido constante por cuatro a6os sus pasos, y aguardaba impaciente una ocasion oportuna para declararla sus amorosos afectos.

Pero 6a qu6 pararnos aqu6 6 describir sus tormentos, sus angustias y su cruel desasosiego? Digamos tan solo que solicit6 varias veces la mano de Genoveva; pero que otras tantas encontr6 la negativa de su padre. Y no porque este obrase sin ningun g6nero de miramiento, ni tampoco porque le fuesen desagradables la conducta ni la persona de Antonio; sino porque, como todos los grandes se6ores, queria para su hija un enlace que aumentara el esplendor de su propia familia. En fin, luego que se decidi6 6 elegir entre los pretendientes 6 la mano de Genoveva 6 Francisco de Agholanti, bizarro mozo de una de las primeras casas de Florencia, todo el mundo convino en que no podia haber hecho eleccion mas acertada. Celebr6nse las bodas, y Francisco se llev6 6 su casa 6 su j6ven y hermosa compa6era.

Esta noticia fu6 un rayo que cay6 sobre el sin ventura de Antonio, que se vi6 privado ya para siempre de Genoveva, de aquel objeto de todas sus esperanzas, donde se hallaban reunidos todos sus ensue6os de felicidad sobre la tierra. Prometi6 desde luego y jur6 no casarse nunca ni amar tampoco 6 otra muger, y cumpli6 su juramento. El 6nico consuelo que tenia en su dolor, era frecuentar en los dias festivos las iglesias, confundirse entre la gente, y contemplar desde lejos 6 la se6ora y reina de sus pensamientos.

Pero h6 aqu6 que aparece en Florencia la epidemia, y la linda Genoveva se ve atacada por la terrible enfermedad. Sus hechiceras facciones se alteraron al instante, y el desencajamiento de sus mejillas, lo apagado de la luz que brillaba siempre en sus bellos ojos, la l6vida palidez de sus



Vidios pintados por M. P. Lesave.



Copas antiguas.

labios, todo en fin hace creer 6 cuantos la rodean que va 6 entregar su alma 6 Dios. Corren sus padres h6cia su lecho; af6nanse por aliviarla; hac6nla respirar olores fuertes; emplean en una palabra todos los medios imaginables para socorrerla y reanimar sus sentidos; pero todo en vano. Reclinada Genoveva en su lecho, permanecia sin el menor movimiento, sin ningun s6ntoma de respiracion, hasta que su alma se exhal6 en un suspiro para subir al cielo.

Hubo entonces un mar de llanto amargo y una tempestad de gemidos. Bien pronto los lamentos de toda la ciudad demostraron la parte que tomaba en aquella tan dolorosa p6rdida. Prep6ranse al punto los funerales, y sep6ltanse los restos de Genoveva con las ceremonias de costumbre en un sepulcro inmediato al campanario de la antigua iglesia de San Salvador (1). Su entierro se hizo sin ninguna pompa, porque en aquel tiempo tan calamitoso, el espanto causado por el azote llamaba la atencion de los vivos mas que el duelo de los muertos. Mas con todo eso, Antonio, que mezclado con la multitud habia seguido el f6nebre acompa6amiento, permaneci6 junto 6 la sepultura de su amada, hasta que toda la gente se fu6. Lloraba all6 amargamente, daba profundos suspiros, y no acertaba 6 separarse de la tumba, para volver 6 continuar su llanto en su propia casa. «La habia perdido mucho tiempo h6, se decia para s6; pero su muerte acaba de arrebatarme la poca vida que me quedaba.» Y tras estas palabras empezaban de nuevo sus sollozos.

En medio de la dolorosa impresion que caus6 la muerte de Genoveva, una circunstancia llam6 la atencion de todos los habitantes de Florencia; Francisco, el esposo de nuestra heroína, no manifest6 el sentimiento que era de esperar despues de una p6rdida tan dolorosa, ni supo siquiera salvar las apariencias, demostrando 6 las gentes lo que debia sentir su corazon, ya que no lo sintiera.

Esto di6 lugar 6 que tomasen cuerpo ciertos rumores que habian circulado en la ciudad aunque sin gran cr6dito, porque ninguna prueba evidente venia 6 confirmarla, acerca de la conducta de Francisco. Habia dicho que estaba entregado 6 una pasion vergonzosa, de que era objeto cierta muger vulgar de la ciudad: sea de ello lo que quisiera, es lo cierto que Francisco no pudo aparentar el menor pesar por la muerte de Genoveva, antes bien hubo quien crey6 notar en 6l la expresion de una satisfaccion secreta y la preocupacion de quien se halla engolfado en proyectos halag6enos.

El cuerpo de Genoveva habia sido colocado en un sepulcro propio de su familia. Pero bien que la creyesen muerta, no lo estaba sin embargo; y el dolor (6 otra causa desconocida) le volvi6 el uso de los sentidos 6 eso de la media noche; de suerte que despues de salir de su horrible sorpresa exclam6: «Dios mio, me han tenido por muerta, y en tal error me han sepultado. Virgen Sant6sima, amparadme: solo en vos tengo esperanza.» Luego haciendo un esfuerzo se incorpor6, y no sin gran regocijo not6 que entraba un rayo de luna por los bordes de la piedra del sepulcro. Genoveva, que estaba todav6a dentro de su ataud, cuando se apercebidi6 de esta l6mpara maravillosa, hizo otro esfuerzo, y determin6 salir de aquella inc6moda habitacion. Convencida de que ningun recurso le quedaba ya sino apelar 6 s6 misma, triunf6 del miedo, sali6 del sepulcro, enjug6 las 6ltimas l6grimas que el temor habia hecho correr por sus mejillas en la oscuridad de su tumba, y se fu6 arastrando para salir por don-

(1) En aquella 6poca no habia en Italia todav6a camposantos, y cada familia de las nobles tenia su sepulcro en algun jardin cercano 6 la ciudad donde moraba.



Copa oriental.

de entraba la luz. Mas detiénela bien pronto un obstáculo; eran algunos escalones que necesitaba subir, y para lo cual no se sentía con ánimo. Siéntase á descansar sobre el primero, y á reconcentrar todas las fuerzas de su cuerpo y de su alma; luego prueba otra vez á ver si puede subir los que le quedan, invocando al cielo con la firme esperanza de que él velaba por su conservacion.

Llegado que hubo arriba, se encuentra con la losa que cierra al monumento, y trata de levantarla. La losa por fortuna ni era muy gruesa ni estaba todavía lodada, de modo que pudo al fin Geneveva ladearla y salir de su tenebrosa prision. Dió entonces gracias al Todopoderoso por haber salvado sus dias, y dirigió sus pasos hácia la torre del campanario que á la vista se le presentaba.

Era á fines de octubre, y hacia aquella noche un vientecillo tan penetrante como frio. Geneveva atravesaba la plaza del Mercado Viejo, donde tantas veces habia lucido sus gracias y su hermosura, y entraba en una calle inmediata al convento de los hermanos de la Caridad. Desde allí dobló á la calle del Muerto, que tenia otro nombre antes de tomar este que le dió el suceso de que nos ocupamos. Llega al medio de la calle, y toca á la puerta de su casa. Francisco su esposo no estaba en ella; los criados la dicen que ha salido al anochecer, advirtiéndole que no volveria porque cenaba fuera de casa. A su vez la preguntan quién es ella, y al oír el nombre de su señora tiemblan de espanto. «¡Descansad en paz! la dicen aterrados. Mañana por la mañana iremos temprano á la iglesia, y haremos decir una misa para bien de vuestra alma.» Tras de lo cual atrancaron la ventana, dejando á Geneveva en el mas triste abandono y llorando amargamente su desgracia. Ay! decia la sin ventura; no veré yo, no, el fin de esta horrible noche. Pero cobrando ánimo, se encaminó á casa de su padre, el cual no habia aun vuelto del duelo. Sin embargo, quiso llamar por la ventana que daba á la habitacion de su madre, antes de acabar de perder sus esperanzas.

Su madre entre tanto, mas angustiada que Francisco, lloraba junto á su hogar la pérdida de su muy querida Geneveva, cuando oyó los golpes que esta daba en la ventana; y aunque llena de miedo, se atrevió al fin á entreabrir la, y preguntó: «¿Quién llama?» «Vuestra hija;» respondió una voz débil y temblorosa, que le hizo temblar de espanto, de tal modo que á duras penas pudo responder: «¿Ay alma bienaventurada de mi inocente hija! vuelve á tu morada, conducida por el Altísimo.» Con lo cual dicho, atrancó fuertemente su ventana, dejando otra vez en medio de la calle abandonada de todo el mundo á Geneveva, que se puso entonces, en toda su desesperacion, á maldecir su estrella.

En tan doloroso estado recurrió nuevamente al cielo para que la amparase. Debilitada ya y estenuada de fatiga, sin poder apenas tenerse de pié, hasta se le ocurrió el volver á la tumba de donde habia salido, y descansar allí aguardando la muerte; pero temia sucumbir en las calles antes de llegar, y solo el pensamiento de semejante catástrofe le erizaba los cabellos y renovaba su valor. Acordóse entonces de que tenia un tio en Florencia, y sin considerar cuánto distaba de allí su casa, se dirigió con nuevo aliento hácia ella: párase ante la puerta, toca, y pide socorro al cielo. ¡Vanos esfuerzos! Su tio le responde como los demás: «En paz descanse tu alma.»

Aquí fue cuando llegó á su colmo la desesperacion de Geneveva. Completamente abrumada de dolor tuvo apenas fuerzas para subir las gradas de la puerta de la iglesia de San Miguel, con la esperanza de hallar en ella el fin de su vida y de sus penas.

Pero como se pusiera allí á reflexionar por un momento sobre su triste suerte, de pronto se acordó de Antonio, y brilló en su alma otro rayo de esperanza. Quiere ir á probar si era su pasion por ella efectivamente sin limites y tan vehemente como parecia. Con tal resolucion vence la debilidad á que sus padecimientos físicos y morales la habian reducido, y atravesando calles llega en fin con mil trabajos á la morada de Antonio, que estaba situada en medio de un jardín de los muchos que rodean á Florencia: toca á la puerta. Eran ya entonces las cinco de la mañana.

Pero no acabó de dar el primer aldabonazo, cuando desfalleció cayendo de espaldas en tierra. Antonio, que estaba en cama, no dormido por cierto, sino abrumado de sentimiento, no tardó mucho en dejarla, y salió á ver quién llamaba á aquellas horas. Entreabre su ventana, escucha, y oye una voz agonizante que decia: «Yo soy la desgraciada Geneveva: compadeceos, por Dios, de una infeliz abandonada de todo el mundo.» Oidas estas sentidas palabras, que pronunciaba una boca medio cerrada por la muerte, Antonio enciende luz, y sin pararse á reflexionar ni en espíritus malignos, ni en si aquello seria alguna estratagema de malvados, acude á la puerta, la abre, y reconoce á su amada. ¡Ella es! dice; y llama á sus criados, pone la

luz en tierra, y levanta al punto el yerto cuerpo de Geneveva. Llega el primer criado, coge la luz, y va delante de su amo alumbrando cuidadosamente, escalon por escalon, ya que no se le permite otra cosa. Antonio se da prisa á conducir á la pieza mas inmediata su preciosa carga. Geneveva, que iba como envarada del frio, fué colocada sobre unos almohadones, y perfectamente arropada.

Inmóvil en la cabecera de su amada, Antonio, el amante despreciado, miraba de hito en hito á su objeto querido, y lleno de temor y de esperanza aguardaba á que Geneveva abriese los ojos, ó diese algunas señales mas de vida. Mas de media hora trascurrió en esta horrible inquietud; pero quiso Dios al fin que volviese con el calor á respirar, y por consiguiente á tener vida.—«Buen Antonio (dijo ella entonces con voz entrecortada): yo te confio mi honor; olvida lo pasado; ten piedad de Geneveva, y no desampares á la desamparada de toda su familia.» Despues le contó cómo la habian enterrado, cómo habia salido del sepulcro, cómo, desechada de su padre y de su madre, de su tio y de su esposo, habia resuelto ir á probar la de su fé.

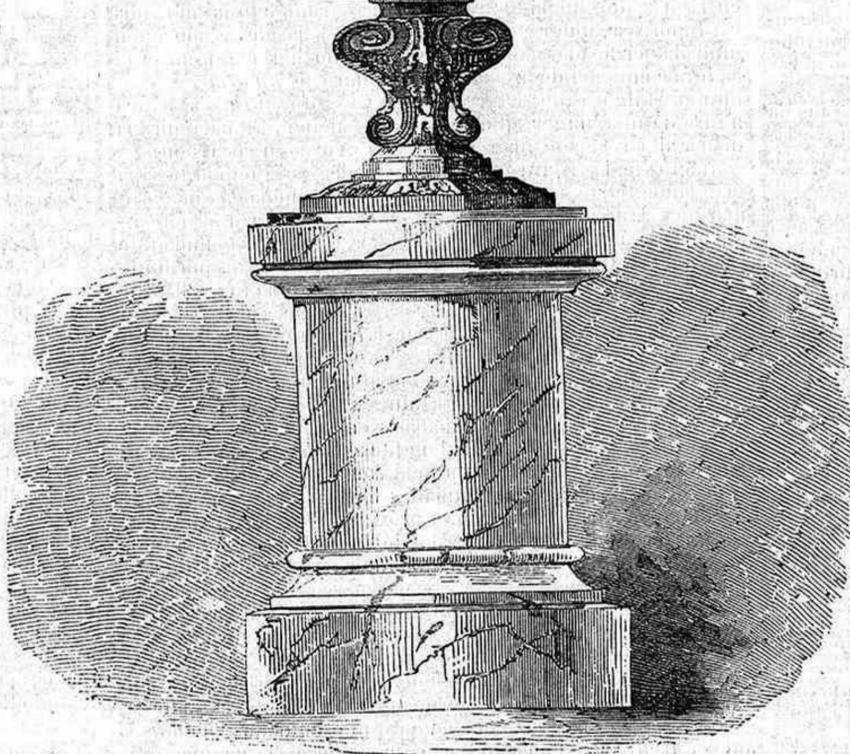
«Ya ves, añadió, que debo á tu lado buscar refugio y asilo. Si hasta ahora ha podido parecerme que yo te miraba con indiferencia, no lo atribuyas á desprecio, obligada como estaba á cumplir la ley de mi familia. Pero he visto ya adónde raya la indiferencia y la falta de humanidad de mi marido, que en la noche de mi muerte iba á una orgía, así como tu generosidad y tu constancia. No; tú no me abandonarás, querido Antonio. Tendremos tiempo para hablar despacio (añadió sonriéndose ligeramente, y manifestando en su sonrisa lo mucho que aun padecia): ahora ve á mi sepultura, y coloca en su lugar la losa que la cerraba, y que he quitado yo para salir; porque así no podrá nadie sospechar si quiera que yo vivo. De este misterio depende ya la dicha de mis últimos dias.

Al instante se fué Antonio hácia el sepulcro, y colocó la piedra en su lugar, haciendo de modo que nadie pudiera conocer que la habian levantado. Volvió luego junto á su enferma; y así por sus firmes propósitos como por sus tiernos halagos, acabó de afianzar los afectos que ella le manifestaba. Puesta despues la mesa, y cubierta de manjares, quiso servirla él mismo, escogiendo para Geneveva los platos mas esquisitos y los bocados mas propios para que recobrará su salud.

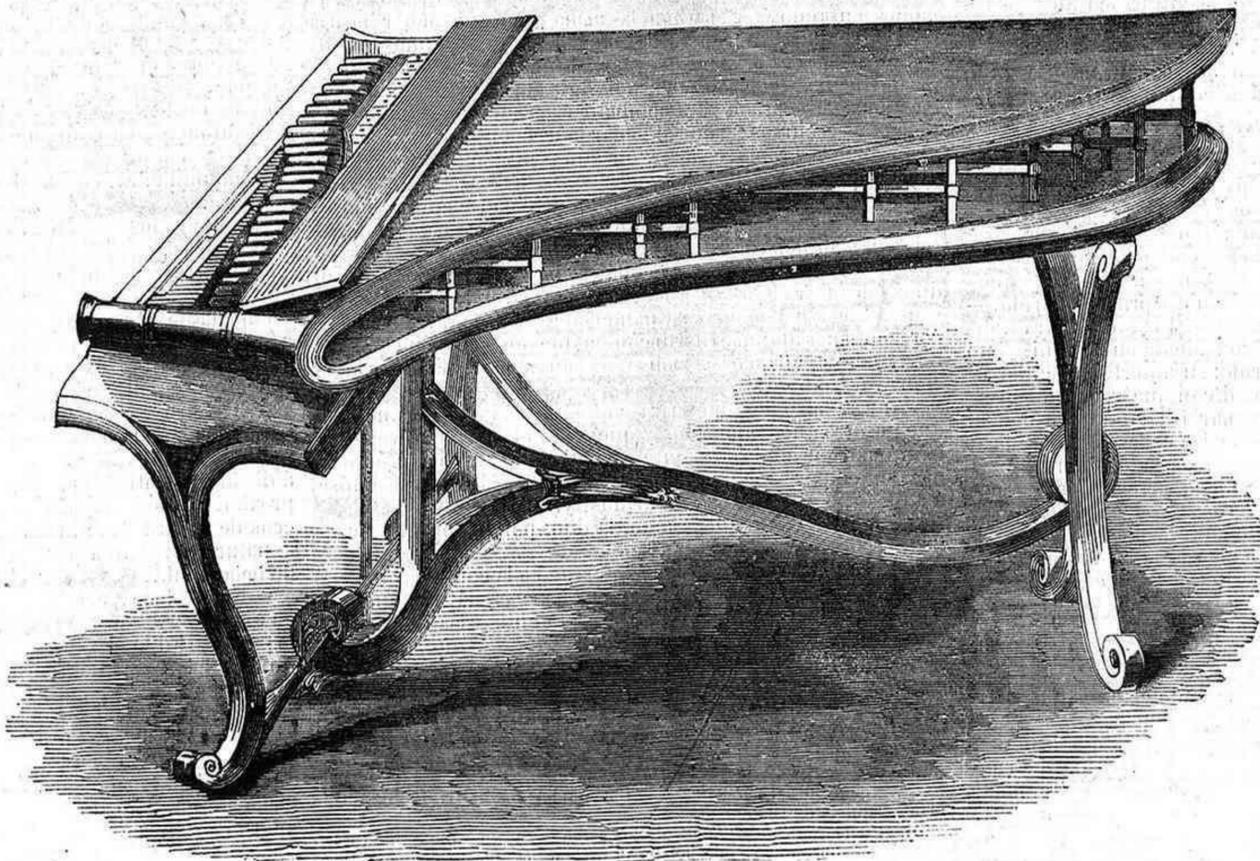
Trascurrida una semana ya habia recobrado Geneveva con su salud todos sus encantos. Entonces pensó Antonio que era llegado el tiempo de una esplicacion. «Querida Geneveva, le dijo: ¿cuáles son tus planes? ¿cuál tu pensamiento? ¿Te propones dejarme pronto, para ir á juntarte otra vez con tu esposo?» «No, respondióle ella: no pienso en semejante cosa, ese no es ya mi esposo:



Copa oriental.



Copa fundida.



Trombo-piano-forte.

antes bien, si tú no me desechas, quiero pasar en tu compañía los últimos días de mi vida.» «¿Cómo puede ser así? ¿Y serías tú mi compañera? Oh! ¡me tendría por el mas venturoso de los mortales!» «Pues no te aflijas, amigo mio, si para ello hay algunos obstáculos que orillar. Escúchame, que voy á decirte lo que es menester hacer para que se verifique este enlace venturoso. Toda la gente sabe que mi primer marido Francisco me ha enterrado: así, la muerte ha roto cuantos vínculos nos unian, porque ella nada respeta, ni las relaciones de parentesco. Con que si tú me amas como dices y yo creo que así es, la muerte sola nos separará. Corre en busca de un sacerdote. Cuando ya nos haya el amor unido, entonces podremos mantener la validez de nuestra union, mas que sea ante el arzobispo mismo, ó huiremos lejos de este país á esperar nuestra hora suprema: un capricho tengo y no me atrevo á pedirte que me le satisfagas, dijo Genoveva.» «Habla, repuso Antonio, y serás obedecida.» «Quisiera que fueras á casa de Francisco el que me enterró viva y tal vez no haya vuelto de la orgía, y le compraras, por cualquier precio que sea, lo que aun conserva de mis joyas y trajes.» «Des-euida, hermosa mia, dijo Antonio; que todos tus deseos, hasta los mas insignificantes, quedarán satisfechos.» Y diciendo y haciendo, se presenta en casa de Francisco, le compra todas las alhajas y el equipo de su esposa, y se las lleva consigo.

Algunos dias despues se dirigió Genoveva á la iglesia de la Anunciada en compañía de la madre de Antonio y una criada, sin que se conociese en su hermoso rostro ningun vestigio de sus largos padecimientos. Era esto un domingo, día en que los prometidos esposos debian solemnizar la irrevocable palabra que se habian ya dado de mutuo amor, pretendiendo hacer pasar á Genoveva por una extranjera. Pero apenas hubo andado algunos pasos en la calle, cuando los principales ciudadanos de Florencia fijaron en ella su atencion, y empezaron á tener cada uno sus sospechas. No se tardó mucho en asegurar que se parecia enteramente á la difunta Genoveva, y aun hubo quien añadió que llevaba tambien el mismo traje que en su precedente himeneo; estaba enteramente lo mismo que cuando se desposó con Francisco Agholanti en la iglesia de San Miguel. En esta creencia hubo gentes que le ponian las cruces como si fuera el mismo diablo, mientras que otras mas atrevidas se le ponian por delante, y se acercaban á comprobar sus conjeturas.

Mas hé aquí que por casualidad pasaba por aquella misma calle la madre de Genoveva, y tanta fué su sorpresa al verla, que hasta se quedó sin poder hablar; pero luego que volvió un poco en sí: «¿Y quién se atreve á decir, exclamó, que aquella no es mi hija?» Y cuanto mas se acercaba, mas en ello insistía, hasta que todas sus dudas se desvanecieron; pero entonces se redobló su terror. «Ah! sí, decía interiormente: es mi Genoveva!» Despues de haber estado luchando largo rato entre el sobresalto y la esperanza, quiso por último cerciorarse bien, y con voz entrecortada y temblorosa:—Querida hija! la dijo, ¿eres tú la que yo veo? ¡Tú viva! ¿Cómo pues has vuelto á este mundo? Pero su hija, sin manifestar ni pena ni alegría, caminaba hácia ella en silencio sepulcral.

La multitud de curiosos se aumentaba; la ciudad entera se ponía en movimiento; Francisco Agholanti supo en fin la causa de todo aquello, y abriéndose paso por entre la gente, lo que no pudo hacer sino con gran dificultad, reconoce sin ningun género de duda en aquella muger á la esposa que pocos dias antes habia sepultado. Llega en fin á Genoveva, y la dice: «¿De dónde vienes? ¿quién te ha sacado de la tumba?» En este momento se presenta Antonio, que inquieto y apesadumbrado al ver la tardanza de su esposa, salía de la iglesia para buscarla. Divísalo Genoveva, y con voz sosegada y firme le contesta á su antiguo esposo:—¿Y qué milagro es que otro que no seais vos me haya sacado de la tumba, pues que sois vos quien me enterrasteis viva y fué á celebrarlo en una orgía con la infame muger á quien dedicais todas vuestras atenciones? Solo á la Providencia le soy deudora de la conservacion de mis dias: mi querido Antonio lo testificará. Así lo habeis querido: me quitasteis la vida; estuve en vuestra casa, y ya me habiais repudiado, ¿no es verdad? Pues á consecuencia de ese abandono he resuelto no entrar ya nunca en ella.

La madre de Genoveva lloraba entre los dos esposos, Antonio, que reclamaba la ejecucion de sus nuevos derechos, y Francisco, á quien despedazaban los remordimientos. Sin embargo resolvió llevar aquel negocio ante el tribunal eclesiástico.

Este tribunal oyó la queja, y providenció que Genoveva compareciera ante el arzobispo. La réplica de Genoveva fué: «Está bien: yo contaré cuanto ha pasado ante su Eminencia.»

Genoveva se presentó al arzobispo con un rico y esplendoroso traje, que aun hacia resaltar sus gracias y belleza. «Vuestra Eminencia, le dijo, me ha mandado comparecer aquí.—Sí, hija mia, le contestó el arzobispo. ¿Dime qué motivos tienes para no querer vivir con tu primer marido?—Los motivos, señor arzobispo, son estos. Juzgue vuestra Eminencia si merecen tenerse en consideracion.» Aquí contó Genoveva todo cuanto habia ocurrido: su muerte, su entierro, su salida del sepulcro, la inutilidad con que recurrió á casa de sus padres, de su tío y de su marido; su desconsuelo al verse abandonada á media noche en las calles de Florencia; en fin, toda su triste aventura. «Por mas de dos horas, añadió, no hice mas que andar por la ciudad, arrecida de frío, cubiertas mis carnes con vestidos ligeros; y reducida á la mayor debilidad, hubiera sin duda muerto aquella noche, si la Providencia no hubiera hecho que me acordase de Antonio y del afecto sin límites que me manifestó durante cuatro años. Agoté mis débiles fuerzas para ir arrastando hasta su puerta. Mi muerte era inevitable, si él no me hubiera recogido con la mas noble generosidad. Pero me recogió, y me dió la vida: juzgue pues ahora vuestra Eminencia.»

Llamado á responder sobre la verdad de este relato, Francisco no supo articular palabra que le disculpase, y se contentó tan solo con negar que todos los vínculos que le unian á su esposa se hubieran roto con la muerte. El desdichado no permaneció por mas tiempo en Florencia: dejó la ciudad, y fué á sepultarse á un monasterio. Pero Antonio y Genoveva, cuya aventura habia dejado absorto al arzobispo, se casaron, y gozaron largos años de reciproca felicidad, muy estimados siempre de sus conciudadanos.

MALEK EL ALMANZORI.

JORAIQUE

6

LA REBELION DE LOS MORISCOS.

NOVELA ORIGINAL, EN DOS PARTES.

AL EXCMO. SR. D. MANUEL DE SEJAS LOZANO,

EN PRENDA DE GRATITUD,

EL AUTOR.

Madrid, diciembre, de 1850.

PARTE PRIMERA.

ZORAYA.

CAPITULO PRIMERO.

El sacerdote y la morisca.

Si no desagrada á nuestros lectores, vamos á trasladarlos á una casa de la Alcazaba Cadima (1), que compone parte de lo que bajo un nombre general llamamos los poco anticuarios el Albaicin (2) en la morisca *Garnata*, cuya fundacion, segun unos, se debe á los judíos que la habitaban, y á los que, despues de la conquista de varias ciudades comarcanas, la arrancó *Abdellaziz* en el siglo VII, tumba del trono de los Recaredos; y segun otros á *Asad-el-Schebani*, uno de los afortunados caudillos que en las orillas del inolvidable Guadalete tuvieron sus alfanjes en cristiana sangre.

Como quiera que sea ello, nos importa harto poco en nuestra modesta posicion de novelistas: en el terreno que abrazamos hay derrumbaderos bastantes para ir por nuestra voluntad engolfándonos en serias disertaciones sobre la topografía antigua, ciencia en la que por desgracia somos algo profanos.

Ello es que frente á la antiquísima muralla, de que aun hoy se ven algunos restos, cerca del convento de las Tomasas en la plaza de Bib-al-Bolut (3), en el jardin de una lindísima casa morisca, que recordaba los mejores dias de la poblacion fundada por los de Baeza, que con ánimo heroico prefirieron la dura condicion de prosritos al nombre de *mudajares*; á los últimos fulgores de la tarde, pudiérase distinguir la blanca figura de una muger, que abstraída y silenciosa, nada miraba ni oía al parecer de cuanto la rodeaba: acaso ni aun sentía el contacto de la lasciva brisa, que muelle y juguetona besaba blandamente sus mejillas pálidas, presentándole el dulce aroma que arrancaba al pasar á los limoneros y naranjos del jardin, entreabiertos sus modestos cálices con la proximidad de la noche; ni aun alzaba los ojos para contemplar al moribundo sol, que entre torrentes de azul y mil y mil nubecillas de caprichosas formas teñidas de rosa y oro, se acercaba con agigantados pasos á la cumbre de la volcanizada Elvira, ni los ajimeces entreabiertos, ni las casas con sus elevados y esbeltos minaretes, que á través de los cinamomos se distinguían. Cualquiera miraría á esa muger pálida é inmóvil como una blanquísima estatua de alabastro destinada á embellecer las floridas calles del jardin, si no fuese conocido de todos que está vedado á los hijos del profeta hender los mármoles con el buril, para representar humanas formas rivalizando con el Creador. Al sonar empero en el próximo convento una hora, esa muger muda é inmóvil, salió de su profundo estupor con indecible espanto, como si una mano cruel la hubiese abierto una herida mal cicatrizada. El reloj marcó las seis, que ella contó con ávido y calenturiento ardor, y al mismo tiempo rodó sobre sus goznes la puerta, de una prolija y delicada talla, apareciendo detrás la figura de un hombre que por su traje mostraba ser sacerdote. El recién venido no presentaba en sus formas ninguna de las señales que revelan los caracteres escéntricos; pero estudiándole con nimio cuidado, viendo su amplia frente, y el oblicuo corte de su boca, la compostura amanerada de sus pardos ojos, y las miradas escudriñadoras que dirigió entonces en derredor de sí, y al notar los pasos cortos con que al ver á la muger solitaria se dirigió á ella como pensando y preparando las armas con que mejor herirla ó defenderse á sí propio, habríase visto en él á uno de esos hombres enérgicos y fuertes, acostumbrados á domar todos los obstáculos, colocado por mofa de la suerte en situacion escepcional, preparado para combatir esos sucesos extraños con todos sus recursos; y que al llegar la ocasion suprema se veía con asombro propio ceder y ni aun sentirse fuerte para la defensa.

—Buenas tardes, Aurora, la dijo al fin con acento cariñoso.

—Que Alláh os guarde y alumbre vuestro corazon, contestó ella con dolorosa dulzura.

—Demasiado conoces mi alma, replicó el desconocido; sin duda alcanzarás ya la verdad, y lo necesario que es seguir la senda que ayer te señalé. Cuando me separé de tí, llevaba el corazon lacerado; mas harto conocí que nos habríamos de ver hoy... que me llamarías, pobre africana, desvalida de proteccion y de amparo!

Aurora alzó los ojos para contemplar al que por motivos que nosotros no conocemos y que sin duda se nos revelarán, la ofrecía tan generosamente su amistad y su apoyo; entonces pudo notar este que estaban bañados de lágrimas, sentóse á su lado, cogió una de sus manos, y...

—Bien sabes cuánto te amo, la dijo: por tu amor lo sacrificaré todo, patria, fortuna...

—Cristiano, ¿y tu religion? interrogó ella con amargo sarcasmo. ¿Qué quieren pues decir las largas pláticas que nos haceis escuchar al otro día de la fiesta en la casa de vuestro Dios, edificada sobre las ruinas de *Mesdjid-al-Taibir* (4), que mandaron derribar vuestros sultanes, para exacerbar mas y mas el dolor de los verdaderos creyentes?

—¿Crees, muger, que mi sangre, al latir en el corazon no abraza las arterias como un torrente de lava? ¿Que bajo la

(1) *Alcazaba Cadima*, la fortaleza antigua.

(2) Llamado así por haber sido fundado por los de Baeza, despues de la conquista de su ciudad.

(3) Puerta de *Bib-al-Bolut*, de los estandartes, porque en la torre que estaba sobre ella se enarbolaba el primer estandarte cuando habia eleccion de nuevo rey, ó otra cosa señalada en Granada.—(Mármol, *Historia de la Rebelion*.)

(4) *Mesdjid-al-Taibir*, mezquita de los conversos.

triste y desolada Elvira (2), donde la naturaleza está muerta, no hay un fuego voraz que labra sus entrañas, y quema antes de nacer su verdor y sus balsámicas flores?

Escúchame un momento, y verás cómo este hombre á quien todos veneran como modelo de virtud, ó temen por el incontrastable poder de que está revestido, es digno solo de compasion y de lástima.

Yo era un pobre niño desvalido, á quien encontrando un día el arzobispo, recogió por caridad y educó bajo los dorados artesones de su palacio.

Pasaron algunos años...

No hervía aun la sangre en mi pecho; los placeres de la vida, los ensueños de la juventud, los proyectos que con hilos de oro teje la adolescencia, me eran desconocidos; el alma navegaba con embeleso en el revuelto mar de lo porvenir; solo anhelaba poder, careciendo de dulces emociones.

El arzobispo me halló útil para el sacerdocio, y fui ministro del Nazareno.

Entonces y para ayudar á mi protector en vuestra conversion, llegué hasta aquí lleno de atrevidos proyectos. Mi corazon dormitaba bajo las alas de la ambicion, sin esperar pasiones y cosas que le eran desconocidas, que provocaban su risa, mirándolas como juguetes de niño, derrumbaderos de un hombre que marchase derechamente á un grande objeto siempre codiciado. Una tarde caminaba yo por las estrechas calles del Albaicin abstraído en mis pensamientos, ageno á cuanto me rodeaba, cuando sentí, cada vez mas cerca de mí, rumor como de voces que crecia por momentos. Era una pobre muger rodeada por varios soldados de las lanzas de Tendilla, que habiéndola alzado el velo y reconocido su deslumbrante belleza, la abrumaban con sus cínicos halagos.

¡Hé aquí cómo trastornan nuestra razon las mezquinas pasiones de la vida! me dije yo al notar que aquellos hombres no se apercebían de mi llegada: ¡tanto les trastornaba el cerebro sus desordenados deseos!

Aquel socorro que te se presentó tan imprevisamente, cuando aprovechándose de tu pudoroso desmayo iban á perderle, contrariéme profundamente y me causó vivo disgusto, pues inutilizaba algunos instantes de mi vida!

—¡Oh! exclamó Aurora con horror.

—Si, el egoísmo era la ley de mi organizacion: la cumplía, porque seguia mi camino y debia hollar todos los obstáculos.

Si hubiese adivinado, prosiguió luego, que en aquel momento se abria ante mí un profundo abismo de dolores sin balsamo y de torturas eternas, bien cierto es que, abandonándote yo, habrias quedado perdida para siempre; pero al apercebirse de mi llegada, bajaron todos la cabeza y se retiraron dejándote junto á mí. ¡Oh! ¡cuántas tempestades rugieron y se alzaron bramando en mi corazon al contemplarte!!!

Me parece que te veo aun delante de mí recostada sobre las ruinas, en el blanco pedestal de una estatua, desmayada, casi sin vida, como un lirio tronchado por el viento.

Los últimos fulgores de la tarde prestaban á tu africano rostro el color del ámbar que tiñe el mármol antiguo: la sombra de tus largas pestañas iba á perderse en la media luna violada de tus ojos... Palpitaba mi corazon, y su latir llegaba á mi oído... Tu boca entreabierta dejaba adivinar una línea de blanquísima y menudas perlas... ¡Un fuego desconocido hervía en mis entrañas!!!

Siguiendo el impulso de un deseo ignoto, rugiente ya, cuando apenas estaba concebido, mis labios tocaron los tuyos... En aquel instante olvidé mis juramentos de sacerdote y mis proyectos de engrandecimiento, amantados con la sangre del corazon en las insomnes vigiliadas de veinte y seis años... Luzbel aceptó mis promesas y mis deseos, y se apoderó de mi vida entera; porque desde entonces... ¡oh! desde entonces no he podido domar mi corazon rebelde, y á cada cílicio con que maceraba mis carnes, contestaba con un latido de amor!!!

Héme abandonado, pues, á mi cariño, y este lago de passion, contrariado y combatido tanto tiempo, se ha desbordado al fin, rugiendo como una catarata inmensa que nada puede detener; esta chispa de fuego ha consumido todos mis proyectos, las esperanzas todas de la vida! Por una de tus caricias, por un beso de tus ardientes labios, daría cuanto barca el corazon en sus mas extraños y quiméricos delirios! ¡Oh, el hombre á quien tú concedieses un átomo de amor desprendido de tu corazon, seria regenerado y se hallaría omnipotente!!!

Entonces paró un momento, y con una mirada infinita abarcó cuanto en derredor veía, devorando pensamientos que no pudiera trasladar la voz humana, intraducibles, sin nombre.

Si Salvator Rossa, el pintor entusiasta de los caracteres escéntricos, el amante de los salvajes cuadros, hubiese estado en este momento en el jardin de Bib-al-Bolut, habria trasladado al lienzo esta escena, y tendríamos una idea casi completa de la rebelion del mas bello de los ángeles.

El sacerdote estaba de pié, alzado el pecho con aspiracion violenta, los brazos reciamente cruzados, y como queriendo pulverizar cuanto le rodeaba con su ponderosa mirada.

El céfiro estaba inmóvil, haciendo menear apenas las pálidas hojas del blanco paraiso; las flores recogian sus aromas dentro del cáliz; las mates estrellas, que se principiaban á distinguir entre el fuerte é igual azul de los cielos con la proximidad de la noche, no rielaban su luz tembladora, y los ecos de la tarde que invadieran los espacios, ya no sonaban: la naturaleza entera parecia asombrada de tanta osadía, de demencia tal...

—Estais loco, estais loco! contestó Aurora á su arrebatado de amor.

—¡Loco! dijo el sacerdote, verdad es que esto es un delirio... ¡Oh! ¡Mas que la demencia!... Acaso no sea mas que un ensueño; tal vez dentro de poco despierte bañado de sudor el rostro, saltando mi corazon, como si fuera á romperseme en pedazos mil ¡Oh, sufro, sufro demasiado! exclamó apoyando su pálida frente en el desnudo tronco de un árbol.

Cuando me hallo solo... reina el silencio de las tumbas en torno de mí... no alumbrá la luz del consuelo un punto del negro caos!... ¡Entonces mi alma se lanza con su ardiente sed en medio del desierto sin senda!... Cuando cae desgarrada

(2) En Sierra-Elvira, donde segun las mas fundadas opiniones estuvo asentada la antiquísima *Iliberis*, es pobre y escasa la vegetacion, y facilmente se distinguen allí las señales de un volcan apagado.

da y muerta, tú, como un ángel de paz, con cariño mas que maternal derramas en sus heridas benéfico y soñoliento bálsamo... ¡Entonces se engrandece mi ser!... Después... el exceso de la dicha me arranca bárbaramente á los supremos goces de mi alma!... ¡Si vieras mi sufrimiento! ¡Los ojos empero están secos... ¡no tengo el consuelo de llorar!... La hiel del corazón sale por los ojos en arroyos de lágrimas... las mias quedan dentro de él... ¡Oh, las paredes del vaso van á saltar deshechas por el tósigo que las labra!

—¿Con qué padecéis tanto? Interrogó Aurora con espresion estraña, como si saborease un gozo infinito.

El no vió la espresion del rostro de la morisca. Acercóse á ella mas y mas, lentamente, sumiso, suplicante; pero encendido su rostro por la pasion que le abrasaba.

—¡Oh! dijo mirando al cielo como un ángel caido, ya no soy otra cosa que un miserable que no sabe mas que amar.

—¿Nada mas que un miserable que ama? Repuso Aurora, como el eco repitiendo una palabra. Tal vez quisiera ella demandarle un terrible sacrificio, ó acaso no anhelaba otra cosa que llevarle de la mano á lo mas recóndito de sus pensamientos tenebrosos, para dejarle allí solo, perdido y abandonado.

—No, no, contestó él, mi amor purificaría como la oracion del justo un alma condenada. Es mi tristeza y mi dolor eterno, y gozo desconocidos placeres abandonándome á mi tristeza, á mi eterno dolor.

—¿Y moriríais si yo no os amara?

—¡Ay! ¿cómo pudiera existir sin tu cariño?

—¡Oh! exclamó Aurora; sus ojos tenían espresion estraña, vislumbraba una esperanza realizable, ó acaso una venganza próxima á cumplirse.

—Esa sería la suprema desgracia, añadió él, y acaso ¡ni aún tendría el consuelo de morir! Habría entonces de arrastrarme por la tierra largos, eternos años, clavado el arpon en el alma, calcinado mi corazón, secos los ojos, como un precito que devora el marasmo, la maldición del cielo que pesa sobre su cabeza.

Al decir estas palabras, sombreaba su rostro inmensa tristeza; pero se hallaba casi feliz; no había pensado aún si eran ó no correspondidas sus esperanzas, si subiría al edem ó descendería á lo mas hondo del bátraro. De pronto, esa idea pasó rápida por su mente, como una antorcha siniestra.

—¡Oh! ¿me amas? ¿me amas? Interrogó con la ansiedad que el sentenciado pregunta la decision de su fatal destino que le suspende y le coloca entre el hogar doméstico y el desnudo banco del patíbulo, invadido por una muchedumbre rugiente!

—Yo estoy ligada á la tierra por vínculos de sangre, vos estais unido al Dios de los cristianos para siempre... Es imposible! contestó Aurora con suplicante cuidado.

Aquella muger había enternecido á una hiena, con la armonía, con las suaves notas de su dulcísima voz.

—¡Imposible! En la historia del amor, que es la historia del género humano, no existe esa palabra en que tropieza alguna vez la maldad y aun el heroísmo en medio de su senda, escrita con caracteres de bronce! El verdadero amor es el sol de la zona tórrida, que hace hervir los mares!!!

Los hombres llamarían crimen á nuestra union, como sino fuese yo arrastrado hácia tí por un fatalismo cruel, por una necesidad gemela de mi corazón! Pues bien, huiríamos lejos, muy lejos de ellos!!!

El grande hombre Colon, el genovés, halló al fin un alma que comprendiese la suya: los diamantes de la reina nos han dado un nuevo continente, las Indias Occidentales, joya preciosa perdida entre las brumas del Océano, para que adornara con ella su régia frente Isabel de Castilla! Dentro de poco sale el capitán Salcedo desde Cádiz para llevar allí pliegos importantes... Nos unimos á él como dos aventureros... Cuando lleguemos, habránse roto los votos y las promesas que nos unen al cielo y á los hombres... Las aguas del mar nos dejarán libres, como las ondas del Jordan borran la mancha del pecado...

—¡Oh pobre Yahye! ¡pobre Adel mio! dijo ella tristemente con voz amarga y desesperanzada, que apenas salía de su corazón, como la delgada cuerda de un arpa que salta gimiendo. Una lágrima resbaló por sus mejillas, y como gota de rocío fué á perderse en el verde césped que tapizaba el jardín.

—¡Zoraya (1)! Tú sientes latir dentro de tus venas la sangre de los hijos del desierto, de los corazones altivos, que con impotente rabia muerden el pesado yugo castellano... ¡Cumpliránse tus instintos: viviremos en el desierto cubiertos con la bóveda estrellada de los cielos, en medio de las vírgenes selvas y florestas indianas! Tu rostro tostado por el sol de los trópicos habrá recuperado el tinte de tu morisca raza. Cuando yo vuelva del bosque para proporcionarte en la caza un alimento fácil, y perdido acaso vuelva á tí con mi eterno temor de perderte, te hallaré adormida bajo un árbol de tersas y odoríferas hojas, á la puerta de nuestra cabana! Velaré tu sueño angelical, y por no turbarlo, mi pie no moverá los tallos de la menuda yerba. Cuando despiertes me verás cerca de tí, esperando anheloso una mirada de amor! Las fieras correrán cerca de nosotros rugiendo: entonces te enlazarás á mi corazón mas y mas! La tempestad que se estrella al pié de la marmórea escalera del palacio, hace que el magnate se aduerma en su lecho de pluma con mas leve sueño! Nosotros seremos hijos del desierto, y la cancion de los hijos del desierto es el eco aterrador del peligro que brama!

—¡Callad, dijo Aurora, compadeceos de mí! Yo no puedo amaros!

Tenían tal poder de conviccion estas palabras, que el sacerdote sintió circular por sus arterias el frio de la muerte.

—¡Piedad! la suplicó cayendo de rodillas ante ella.

—Yo os amaré como se ama á un hermano querido, repuso Aurora. También en el amor fraternal hay goces que embellecen y encantan el corazón sin desgarrarlo: nos querremos con blando y dulcísimo cariño, como si unas mismas entrañas nos hubiesen sustentado antes de nacer... Cuando yo sufra, depositaré en vuestro seno la historia de mi pasado y de mi presente... vos me conduciréis con previsor cuidado por la cerrada senda del escabroso porvenir!

El la escuchaba con embeleso, saboreando con ávida lentitud sus palabras, y cada una de ellas hacia sonar en su corazón desconocidas cuerdas, ignotas ocultas armonías.

Su rostro tenía ya una espresion suave y casi tranquila, estaba completamente subyugado, adormecido, como el marino intrépido que oye en las altas horas de la noche, al rielar la luna en los mares sin ruido, el eco lejano de las mitológicas sirenas.

¡Sublime, magnífico poder de una inteligencia elevada, de un alma sin mancha! ¿Quién se atrevería á resistir vuestros encantos adunados? David adormecía la demencia del feroz Saul cuando pulsaban sus infantiles dedos las cuerdas del arpa bíblica, y Anfítrite hizo moverse á las mismas rocas para edificar los altos muros de la soberbia Tebas.

El hombre que estaba á los piés de Aurora no era ya aquel que, como un áspid, se deslizó por las verdes calles del jardín de Bib-al-Bolut, al comenzar nuestra historia.

Ella creyó que ya era tiempo de caminar derechamente á su objeto.

—¡Oh! ¿me devolveréis al fin mi hijo querido, á mi desventurado esposo?

Su voz iba tomando las inflexiones de la plegaria.

Entonces era bien entrada la noche, apenas se oía otra cosa que la monótona voz del solitario grillo, que desde las altas tapias hacia conmovier el espacio con las agudas y chillonas notas de su canto metálico y desapacible. Mas al acabar de decir Aurora las últimas palabras que hemos transcrito, se oyó el reloj vecino, que como temeroso de las emociones que iba á producir, lentamente sonó ocho veces. La fisonomía del sacerdote íbase descomponiendo con visible rapidez. Al escuchar las postreras vibraciones de la campana, se percibía el latir de su corazón acelerado... Su frente chocó contra el banco de piedra.

—¡Ah Dios mio! ¡no me oye! prorumpió Aurora.

El dejaba escapar de su pecho roncous sonidos.

—¿Me los devolveréis? interrogó la morisca con agonía profunda.

—¡Misericordia! oyó barbotar á sus piés. ¡No me maldigais, Aurora! ¿Habéis oido el reloj? ¡Ya son las ocho de la noche!...

La sangre de los árabes, la sangre de los bárbaros que, ebrios de conquista, derribaron las gradas del solio go-go con las herraduras de sus veloces caballos, inundó hirviendo el seno de aquella muger: alzose terrible y feroz como la sombra de Macbeth en medio de los sueños del rey Lear.

—¡Miserable, miserable de tí! clamó con ira frenética. ¡Yo que creía que él lo había olvidado!... ¡Las ocho!... ¡Dios mio! Y soñaba salvar á las prendas de mi corazón!... — se interrumpió con melancolía desgarradora — ¡y no escuchaba en tanto la agonía de sus voces... sus ayes de muerte!

—¿Que no os maldiga?... añadió recobrando su ira creciente. ¡Ah! ¿decis que amais á una muger, y cuando no podéis lograr vuestros intentos, separais de su lado á los seres que idolatra?... ¡Esto la hace muy desgraciada; pero no doma su virtud!... Para ello os llevais al padre de su hijo, y á este mismo tambien á lo mas hondo de un frio calabozo!...

—¡Aun no se ha doblado la esposa del morisco vill!... ¡no ha acatado con reconocimiento los deseos del convertido!... ¡Oh, entonces todo es pequeño! Necesitais que corra la sangre para saborear el amor, y mientras ella os llama su hermano para ablandar vuestro corazón de bronce, la mano del verdugo mezcla en horrible masa, con tormentos desconocidos y bárbaramente incomprensibles, la sangre de las arterias que saltan con la rosada carne que se muele y los huesos que estallan!... Y esas azules venas, y esas redondas carnes son de su hijo y de su esposo querido!... de ella! ¡Oh! ¡decidme otra vez, atreveos á repetir que me adorais!

Paró un momento, y oyó amargamente llorar.

—¡Cobarde! dijo, hiriéndole con el pié. Su ademán era de desprecio irónico é infinito. ¡Cobarde! ni aun tenéis la disculpa de los tigres, á los que anima el mutuo peligro. ¡Salid, salid pronto, ó os haré arrojar por mis esclavos!

—¡Piedad! dijo arrastrándose á sus piés, ¡vuestra voz me lo había hecho olvidar todo!

—¡Yo me vengaré á mi vez! ¿Creéis acaso que una muger no puede vengarse? Moriré; pero os vereis deshonorado. Mañana la ciudad entera repetirá el infame secreto de vuestro corazón.

En aquel instante surgió en el alma del sacerdote una mutacion súbita. Tuvo miedo. Después recobró el dominio de sí mismo. Antes empero de hablar, sonrió con amargo sarcasmo.

—Tal vez aun sea tiempo, murmuró lentamente.

Arrojad combustible en medio de un volcan, y vereislo devorado con la rapidez del pensamiento. Esa palabra fué un rayo de esperanza acogido con ánsia.

—¡Oh, corramos, acudió ella, corramos á salvarles!... y le arrastró en pos de sí.

Descendieron á la carrera de Darro, pasaron la calle de Pavaneras, trepeando de trecho en trecho con alguaciles y gentes de armas que rondaban la ciudad, y ya en la plazuela de los Girones, llegaron á un edificio de apariencia grave y siniestra. Dióse á conocer el sacerdote al jefe de la milicia de Cristo que le custodiaba, y se abrieron todas las puertas. Llegóse á él un alguacil para demandarle órdenes.

—Llevad esta muger al calabozo de Adel, el tintorero de la plaza del convento de las R. R. Madres Tomasas.

Luego añadió con voz rápida y apenas perceptible:

—Al mas hondo! Cuando concluyas, que yo te vea... Después á la cámara del tormento, añadió para que ella le oyese. Y anticipándose á contrariar sus pensamientos.—Es imposible que vayais conmigo, dejaos guiar, tened confianza en mí!

Y sin esperar mas, se internó en un ancho corredor. La morisca siguió á su guia por un pasadizo sombrío.

CAPITULO II.

Reseña histórica.

Del inmenso poder fundado por Muza y Tarik sobre las ruinas del imperio godo, solo quedaba la Damasco de Occidente, la opulenta Granada, es cierto, con su floreciente industria, sus mil trescientas torres, sus valerosos caudillos y sus numerosas y aguerridas huestes de ginetes y peones; pero trabajada por la insaciable sed de mando de la familia real, manchada con el fratricidio y la ambicion, desacordada por el odio profundo de las parcialidades de Abencerrajes y Zegries,

de los poderosos que antes atendian á la satisfaccion del rencor propio que al comun peligro.

Después de rendir D. Fernando las Tabas (1) y ciudades limitrofes, asentó sus reales cerca de Granada, y una mañana, al dorar el sol las cumbres de Sierra-Neveada, se presentó ante los asombrados ojos de los sitiados una ciudad nueva (2) que demostraba el inalterable teson de los castellanos; y en vez de aprestarse para la pelea, sus corazones, envilecidos por el rencor que como un cáncer hambriento les devoraba, se aprestaron para el consejo.

Los descendientes de los famosos capitanes alárabes que como una bandada de buitres se precipitaron sobre España desgarrando la bandera de los godos en los llanos de Jerez, no blandian ya la férrea lanza, la corva cimitarra ni la sutil gumia.

En los sesenta dias que se señalaron de tregua, nada pudo acordarse entre los ciudadanos moros y los miembros del Consejo de los monarcas sitiadores. Preciso era empero adoptar una resolucion pronta en aquellos estrechos dias de angustia, que se sucedian rápidos como las olas de un mar tormentoso. Los ciudadanos granadinos estaban divididos en encontrados pareceres: unos (aunque pocos) quisieran sepultarse, si necesario fuera, bajo los muros de la patria, que la bandera del vencedor se asentara sobre escombros y ruinas, á la luz cambiante del incendio; otros la dieran á trueque de los ducados y castellanos de oro de Fernando.

Abu-lassem-al-Malheli llegó al fin á Santa Fé autorizado por el Zogobi (3) para concluir aquella lucha de setecientos años.

Aunque algo inclinada la balanza de la fortuna en favor de los Católicos Reyes, todavía,—por una de esas mutaciones rápidas y tan comunes en la vida,—podiera levantarse el moro de su letargo y cambiarse la suerte de la guerra, que tan propicia se les mostrara en las tres últimas campañas. Recordaban que en 1488, en circunstancias análogas, murió D. Felipe de Aragon, maestre de Montesa, hijo bastardo del príncipe D. Carlos, y sobrino de D. Fernando: que en 1490, á consecuencia de la reconquista de Alhendin, se alzaron todas las Alpujarras y fortalezas que tenían los cristianos, excepto dos ó tres, entre las cuales se conto Mondújar, valerosamente defendida en ausencia del alcaide por su esposa Doña María de Acuña, cuando fué derrotado el célebre conde de Cabra y muerto su hermano D. Gonzalo de Córdoba, y que en 3 de julio de 1482 acabó sobre Loja con una saeta envenenada el maestre de la órden de Calatrava, D. Rodrigo Tellez Giron.

Por ello pues, en las capitulaciones obtuvo el vencido las mejores condiciones que prometerse pudiera, y quedó con honor, si es que puede quedar con honor el que abandona al enemigo la adorada patria (4).

Firmáronse las condiciones bajo de que se había de entregar Granada, en 28 de noviembre de 1491.

Todo concluido ya, tuvieron noticia D. Fernando y Doña Isabel de que Abu-Abd-Allah y las gentes de armas y los poderosos de la ciudad estaban resueltos á abandonar todo trato y continuar la guerra como cumpliera á su honra. Acompañaron pues á las capitulaciones firmadas de sus nombres, y refrendadas por Fernando de Zaira su secretario, una carta dirigida á los granadinos, en la que después de jurarles que no abandonarían su comenzada empresa, les prometieron y tornaron á jurar por su fé y palabra real, que los dejarían en su ley y co-tumbres como entonces estaban.

El dia 2 de enero el cardenal D. Pedro Gonzalez de Mendoza, arzobispo de Toledo, y el muy noble conde de Tendilla alzaron la cruz y enarbolaron el estandarte real sobre la torre de la Vela, y fué Granada por Castilla, por D. Fernando y Doña Isabel.

Estas capitulaciones eran en verdad poco estables: no podian mucho tiempo estar dos religiones encontradas frente á frente, sin que una de ellas sucumbiera y se perdiese; pero esto debía ser obra del tiempo y de la comparacion de una civilizacion con otra.

Don fray Hernando de Talavera (5), hombre modesto y virtuoso, con la santidad de su ejemplo atraia á los moros que le adoraban, profesando admiracion profunda á sus costumbres y evangélicas doctrinas. Promoviéronse discusiones

(1) Tabas, obediencia, partido jurisdiccional.

(2) Santa Fé.

(3) El Zogobi, el desventurado.

(4) En las capitulaciones se acordó entre otras cosas, que atendiendo á la brevedad no debíamos recordar, «que SS. AA. y sus sucesores para siempre dejarán vivir al rey y Abu-Abd-Allah, siervo de Dios, y á sus alcaides cadis, mestis, alguaciles, caudillos y hombres buenos, y á todo el comun, chicos y grandes, en su ley, y no les consentirán quitar sus mezquitas, ni sus torres, ni los almuedanes, ni les tocarán en los havices y rentas que tienen para ellas, ni les perturbarán los usos y costumbres en que están. Que los moros serán juzgados en sus causas por el derecho del Xara, que tienen costumbre de guardar, con parecer de sus cadis y jueces.

«Que no les tomarán ni consentirán tomar ahora ni en ningun tiempo para siempre jamás las armas ni los caballos.

«Que no consentirán que los cristianos entren en las mezquitas de los moros, donde hacen su zala, sin licencia de los alfaqis, y el que de otra manera entrare será castigado por ello.

«Que el rey Abu-Abd-Allah y sus alcaides, cadis, alfaqis, etc., serán respetados y bien tratados por SS. AA. y ministros, y que su razon será oida y se les guardarán sus costumbres y ritos, y que á todos sus alcaides y alfaqis les dejarán cobrar sus rentas y gozar de sus preeminencias y libertades, como lo tienen de costumbre y es justo que se les guarde.

«Que SS. AA. mandarán que no se les echen huéspedes, ni se les tome ropa, ni aves, ni bestias, ni bastimentos de ninguna suerte á los moros sin su voluntad.

«Que no se permitirá á ninguna persona maltratar de obra ni de palabra á los cristianos ni cristianas que antes de estas capitulaciones se hubiesen vuelto moros: y que si algun moro tuviese alguna renegada por muger, no será apremiada á ser cristiana contra su voluntad, sino que será interrogada á presencia de cristianos y de moros, y se seguirá su voluntad, y lo mismo se entenderá con los niños y niñas nacidos de cristiana y moro.

«Que ningun moro ni mora será apremiado á ser cristiano contra su voluntad.

(5) Primer arzobispo de Granada, confesor de la reina Doña Isabel, perseguido tenazmente y procesado con su familia, siendo inquisidor Diego Rodriguez Lucero, á quien Pedro Martir de Angleria llama siempre por antifrasis Tenebrero. (Zurita, Anales de Aragon; Pedraza, Historia de Granada.)

en que los sectarios de Mahoma llevaban la peor parte: los moros ibanse convirtiendo rápidamente á nuestra fé (1).

Pero esto no se avenia con el espíritu de ciertos prelados que aconsejaron á los reyes mandasen que los moros se bautizaran, y que los que no quisieran marchasen á Berberia.

Esto, segun ellos, no era faltar á la palabra real, ni quebrantar solemnes tratados, antes bien, hacianseles beneficios sin cuento, por una razon muy poderosa: se les salvaban las almas aun á pesar de ellos mismos; y el que se cegara en el error, tenia un medio que abrazar: ¡abandonar la patria! ¡irse á un país extraño!!!

Los reyes empero temerosos de manchar su fé, y viendo que los moros abandonaban su religion, y que con el tiempo, sin escepcion y de su voluntad profesarian la del Crucificado, realizándose así la apetecida unidad religiosa; sordos á todo, mandaron que las autoridades favoreciesen á los moros, y que los sacerdotes predicaran con blando amor á los que quisieran escucharles, sin opresion alguna.

Habia una inteligencia poderosa en el real Alcázar, que no podia doblegar ni atraerse el fanatismo: Doña Isabel la Católica (2).

Mas lejos de Granada los reyes, habrian tarde ó temprano de conseguir sus intentos los militantes.

Antes de mandarse, como se mandó despues por consejo del cardenal Jimenez de Cisneros, que se convirtiesen los moros bajo pena de muerte ó espatriacion, la persecucion tuvo sus efectos necesarios, tanto que, en un solo dia se bautizaron mas de tres mil de una vez, rociándolos con el hisopo en bautismo general.

Los elches (3), por donde principió la conversion, eran perseguidos con predilecta furia, y al prender á la hija de uno de ellos un criado del Cardenal, promovióse la primera rebelion (4). Los moros no quisieron escuchar al conde de Tendilla; el escudero que llevaba su adarga en señal de paz, fué maltratado, y aquella apedreada. Entonces el arzobispo se entró en la plaza de Bib-al-Bolut, donde estaba lo mas recio de la rebelion, con un solo capellan que llevaba delante la cruz, y algunos criados desarmados: los moros en medio de su ira, dejando las armas, besaron los piés del verdadero ministro de Jesucristo. ¡Admirable contraste que lo dice todo! las casas del Cardenal que estaban en la Alcazaba fueron sitiadas con frenética rabia (5). (Se continuará.)

ESPOSICION UNIVERSAL.

Objetos varios.

MUEBLE DE MADERA ESCULPIDA CON ADORNOS DE COBRE.

Este trabajo, que ha valido á su autor la medalla grande y la cruz de la legion de honor, recuerda por el gusto y la riqueza de sus adornos, las mejores obras maestras de la edad media. Se destina á una mesa de comer y creemos que algun principe ó gran señor llegue á adquirirlo, para hermohear alguno de esos espléndidos salones que pinta Walter-Scott y que aun se encuentran en el norte de Inglaterra.

VIDRIOS PINTADOS POR M. P. LESAYE, DE LONDRES.

El conjunto de esta obra presenta un sello de sencillez, al cual no nos tienen acostumbrados los artistas ingleses. Las figuras, sin ser perfectas, hacen sin embargo el mejor

(1) Y se hubiera llevado á cabo felizmente la conversion, sin el excesivo celo de ciertos ministros y comisionados del cardenal Cisneros, que usando de excesiva aspereza, pusieron á los moriscos en términos de sublevarse. (Mármol, Llorente.)

(2) No podemos dejar de notar aqui, que esta heroica señora, al otorgar su testamento dejando por uno de sus albaceas á D. Diego Deza, lo hizo solo con el dictado de obispo de Palencia, y no de inquisidor general; lo que repitió en su codicilo, sin nombrar tan siquiera á la Inquisicion. No así su marido, que en su testamento recomendó eficazmente esta institucion á su nieto D. Carlos, despues emperador y rey. Véase el tomo IX de la Historia de España por Mariana, edicion de Valencia.

(3) Renegados.

(4) Mármol.

(5) Don fray Francisco Ruiz, despues obispo de Avila, religioso franciscano, compañero y hechura del cardenal.



Modas.

efecto, y las sombras hábilmente manejadas realzan mucho mas las partes descubiertas. El altar que se ve encima carece de gracia y no ofrece colores bastante vivos.

COPAS ANTIGUAS.

La de la izquierda del grabado es de jaspe verde, y pertenece á una fábrica imperial rusa: se ha dedicado á la reina Victoria.

La del centro es de alabastro por el estilo etrusco: la ha trabajado M. de Chevisi en el gran ducado de Toscana.

La de la derecha ostenta el águila imperial y ha salido del escultor Testa, de la isla de Malta.

COPAS ORIENTALES.

Estos lindos objetos, que tienen la figura de unos cocoteros, están trabajados en ágata, con incrustaciones de oro y plata, que los rodean y se reúnen en sus fondos. Tienen seis caras, y en cada una de ellas se ve pintada una perspectiva de Constantinopla.

COPA FUNDIDA.

Una de las mayores conquistas de la industria es la fundicion aplicada á objetos artísticos. La copa cuyo grabado presentamos hoy, y que ha salido del obrador de la compañía de Coalbrookdale, así como otras muchas, es de una elegancia sumamente notable.

Su altura es de 72 centímetros. Se halla montada sobre un hermoso pedestal, y sus molduras, aunque algo comunes, hacen muy buen efecto.

TROMBO-PIANO-FORTE.

Este instrumento tiene la figura de un piano; posee sus accesorios, esto es, las teclas de marfil, pero nada mas. No hay en él cuerdas ni tabla de armonía: tubos como los del trombon, de una construccion análoga á la del portavoz, lo constituyen.

El inventor ha querido aplicar á esta nueva máquina el mecanismo del lenguaje y su propia accion, por medio de teclas que se comunican con los tubos aspirantes, los cuales están combinados de modo, que el aire que se introduce en esta especie de trompeta, produce los sonidos que se obtienen en los instrumentos de viento comunes. Si llega á perfeccionarse el ensayo, llegará á ser de grande utilidad, porque al encanto de los instrumentos de viento se unirá la precision del piano.

VASO DE BARRO COCIDO.

Esta obra es una prueba evidente de lo mucho que pueden adelantar las artes por medio de la fundicion, perfeccionada como está entre los ingleses, que sacan de sus diversas aplicaciones un partido inmenso.

Hace algunos años que estas obras son preferidas por la frescura que comunican á los líquidos. La que ofrecemos es una de las mejores que ha producido Alemania, país superior á todos en fabricaciones cerámicas. Este arte es de los mas antiguos que se conocen; se le tributan cultos, y de las ruinas de Pompeya y del Herculano han salido vasos que atestiguan la perfeccion con que ya se trabajaba en los dias de su prosperidad y grandeza.

El vaso para refrescar de M. Eichler es muy elegante, y sus labores han agradado mucho á todos los inteligentes que lo han examinado.

COLMENAS.

A es el recipiente del alimento: B la habitacion de las abejas ancianas: C C dos campanas que se añaden cuando la habitacion está llena.

Hace muchos años que el inventor de estas colmenas se sirve de ellas con buen éxito. El pabellon ó la parte que encierra las abejas no está pintada, porque la pintura es inútil, y puede ocasionar á veces la pérdida de la colonia.

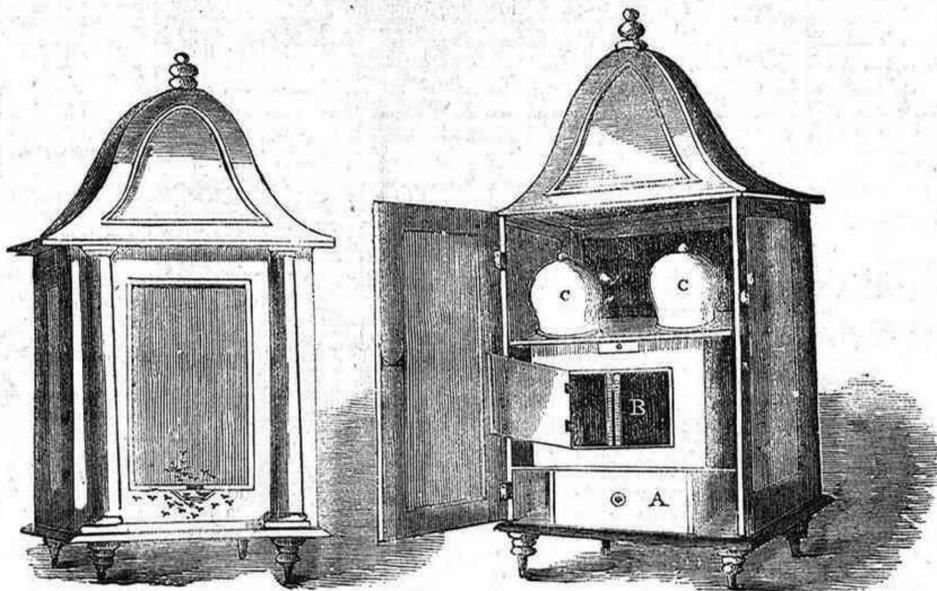
En el interior hay un termómetro, para que se conozca con exactitud su temperatura.

Tambien hay ventiladores, que se abren y se cierran cuando se quiere.

Es un mueble sumamente útil, que proporciona la seguridad de aprovechar toda la miel que fabrican las abejas.



Vaso de barro cocido.



Colmenas.

REDACTOR Y PROPIETARIO, DON ANGEL FERNANDEZ DE LOS RIOS.

Oficinas y Estab. Tip. del SEMANARIO PINTORESCO y de LA ILUSTRACION, á cargo de Alhambra, Jacometrezo, 26.